

**LOS CAPITULOS**

I El primo de la aldea

II ¡Bravo, Moll!

III Redes

IV Navidades en el Tirol

V Cadenas

VI Al borde del abismo

Vll Triunfo y sacrificio

**CAPÍTULO I: EL PRIMO DE LA ALDEA**

Un poquitín excitado andaba yo desde la mañana; síntoma nada extraño un 16 de septiembre, víspera del comienzo de las clases. Ya me había comprado el papel azul para forrar cuidadosamente mis libros de texto, lo cual tenía que hacer a instancias de mi padre, que siempre se preocupaba de ello. Es una verdadera cruz que a todo un muchacho de sexto, con sus dieciséis años, se le trate como a un chico.

Con mi rollo de papel en la mano, me dirigí remolonamente Schottering abajo, y torcí hacia Walgasse. Me paré delante de casa, y eché un vistazo a todos lados. Por encima del cuartel Rossauer sonreía sobre las calles un límpido sol de verano, así como por encima de la plaza de la Libertad. ¡Caprichitos del tiempo! Durante dos semanas lluvia y un cielo encapotado, y ahora que comienzan las clases, se despliega sobre Viena un cielo azul y alegre, y el sol sonríe picaronamente al Instituto y Escuela de Comercio, donde de nuevo tendremos que sentarnos mañana delante de los libros.

Entré en casa malhumorado. En la escalera, me salió al encuentro mi hermano Otto. El mozalbete hervía de excitación:

-Fritzl, ahí están los tiroleses-, y cogiéndome del brazo va y me dice:

- Oye, el tío se parece a Andreas Hofer: una voz hueca como la de un oso; a todo dice: "Muy bieeeeen..."

Como un rayo desapareció escalera abajo.

-Y ¿qué hay de Heini?-le pregunté desde arriba. -También ha venido.

- ¡Bah, qué cosa!-se me ocurrió decir, Por supuesto que ha venido. Pero lo que yo preguntaba era qué cara tenía.

Me quedé parado a mitad de la escalera mirando hacia arriba. Allá en nuestro cuarto estaba mi tío (propiamente primo lejano de mi madre), mi tío el de Stubaital y su hijo Heini. Esto era lo principal: de dieciséis abriles como yo, había de compartir conmigo la habitación, e ir conmigo a clase, a la misma clase. Así puede comprenderse que yo anduviera tan curioso sobre su persona. Todavía no nos conocíamos. Su padre había escrito al mío, hace unas semanas, para ver si podía proporcionarle habitación en Viena. El chico había estudiado en Innsbruck hasta quinto de bachillerato. Ahora se le quería traer a Viena, para que, alejado un poco de aquellas montañas, emprendiera una vida más amplia, y pudiera conocer otras tierras y otra gente, Por lo demás, era de buena salud el buen muchacho.

Mi papá accedió al punto. Heini tendría su habitación con nosotros los chicos. Por supuesto, a mí no se me pidió parecer; y, así que intenté oponerme a ello, comenzaría papá a refunfuñar. Me callé, pues, y devoré mi despecho, ¿Cómo había de tolerar yo en mi cuarto a semejante insulso tirolés? ¡Y tenerle que llevar a remolque por las calles de Viena a este primo de la aldea...! ¡Y lo que se habían de reír mis condiscípulos...!

Pero el mal humor se fue calmando poco a poco, y al mismo tiempo subía de punto mi curiosidad y expectación, Heini era un buen muchacho, según decía su padre. De acuerdo. No hay por qué negarlo...; un chico de la sierra tan ignorante y atrasado... lo que es como no fuera un perfecto zoquete, éste iba a conocer la vida, como es. Mis condiscípulos lo conseguirían a las mil maravillas; yo también ayudaría, aunque desde luego con cautela, y aun sirviendo de contén en caso necesario; que, al fin y al cabo, era su pariente, y nunca se puede saber... Con todo, interesante había de resultar introducir poco a poco y como por pasos a un chico tan inexperto en la vida de la gran ciudad.

Este era, pues, el Heini que allí estaba. Esto me sacó al punto de sentido; subí a zancadas la escalera, y me planté en nuestro cuarto. En la antesala se veían colgados dos sombreros de fieltro grises y pesadas capas de burdo paño. Allá dentro, se dejaban oír las voces de mis padres y una voz de bajo profundo en animada conversación.

Estuve escuchando un rato, y en esto salió mi padre. Así que me vio, abrió la puerta de par en par y me hizo entrar. Allá estaba mi tío sentado a la mesa y fumando. Vestía oscuro traje de caza. Su poblada barba recia y negra encuadraba perfectamente un rostro de marcadas facciones. Se levantó para saludarme. Afable y sonriente me alargó la mano, y me dijo con voz grave y reposada: Dios te guarde, Fritzl. Sé bueno y encárgate de Heini.

Bien; pero ¿dónde estaba el tal Heini? Miré alrededor; mi madre me señaló hacia el cuarto de los chicos y se dirigió hacia allá. Yo la seguí. Heini estaba junto a la cama. Acababa de lavarse y en aquel momento se estaba abrochando las mangas. Lo miré de arriba abajo en silencio. Curiosos buscaban mis ojos la impresión primera. Momento de enorme tensión. Por fin respiré tranquilo; gracias a Dios, no se trataba de un cateto insulso y desmañado. Ya nos encontrábamos cara a cara el uno del otro. Era exactamente de mi estatura, ágil y delgado. Su traje era de ciudad y casi elegante. Y ¡qué bien le caía! Me quedé desconcertado. Le alargué la mano y quise hacer mi presentación, diciendo: Fritzl Egger...; pero me atraganté en el preciso momento. Entonces se me adelantó él cortésmente: Tanto gusto, Fritzl.

¡Qué ojos tan hermosos tienen estos montañeses! Una mi-rada chispeante me lanzaron sus hermosos ojos negros. De la reacción del agua fría le ardían las mejillas; los cabellos, todavía húmedos, le caían desaliñados sobre la frente. Sonriente, se los echó hacia atrás. Un vaho de frescas auras de la montaña me envolvió en aquel momento y como un soplo hizo desaparecer de mi alma la última brizna de despecho y mal humor.

-Tanto gusto, Heini-le contesté yo estrechando cariñoso su mano.

Ya presentía yo que habíamos de ser buenos amigos; y si se dejaba llevar, habíamos de pasar un curso delicioso, con tal que no resultara un insípido, de lo cual no daba la menor muestra. Por lo demás, me alegraba de poder amaestrarle en todo el espíritu de ligereza que, oculta pero en gran escala, reinaba dentro del Instituto. Tal vez no hubiera necesidad de ello. Su padre decía en su carta que el chico era tan sano como valiente. Y es natural; también para el mío seré yo otro tanto; pues... ¿qué saben los padres?...

Tío Enrique se quedó aquella noche en casa. Mis padres siguieron con él en el salón. Los chicos debíamos retirarnos a dormir. Pero... ¡qué dormir ni dormir! Para ello no teníamos el menor humor. Yo ardía en deseos de conocer más de cerca a mi primo.

Ya en el cuarto de los chicos, me puse a forrar cuidadosamente mis libros con el papel azul. Heini desalojaba su baúl.

Otto mientras tanto le miraba curioso. La ropa la iba poniendo sobre la cama; después se la amontonó dentro de un armario. Entre sus prendas se hallaba un típico traje tirolés: calzones de cuero ya viejos y mugrientos, medias claras de sport y una chaqueta de color oscuro. Pensativo, casi con aire de seriedad observaba Heini aquellas prendas.

-Con esto subo yo siempre a la montaña. Allí sí que se encuentra uno, a veces, entre la vida y la muerte.

Yo le miraba bastante incrédulo. No debía de ser cosa tan peligrosa. Debo confesar ingenuamente que por entonces no tenía yo la menor idea de aquellas montañas.

Heini se inclinó silencioso hacia el baúl, sacó de él un libro y me alargó dos fotos que entre sus hojas se hallaban,

-Fíjate-dijo sencillamente. Eran dos postales.

Y vaya si me fijé. Me quedé completamente frío y horripilado. En lo alto de una roca, en su picacho más alto aparecía Heini en traje tirolés. Detrás de él, sirviéndole de fondo, crestas de blanca nieve. Debajo, rodeando la roca, un ondulante mar de niebla. Sobre su cabeza espacio vacío, impalpable. Cualquiera hubiera dado un grito de angustia, temiendo que ya vacilara; un solo momento más... pero allá estaba Heini en lo más alto, tan sonriente.

En la segunda foto aparecía agarrado a unos peñascos, en una pared de roca. Apretando cada dedo, como si de cada uno de ellos estuviera colgada su vida. La vista, fija hacia arriba. Debajo de él se abría un abismo sin fondo.



Allá, en lo más profundo, se percibía algo blancuzco, una cosa serpenteante, como un trazo de tiza sobre una pizarra negra. Tal vez un arroyo bravío. En el fondo del cuadro se apelotonaban cenicientos jirones de niebla, como tigres que solapadamente se arrastraran. Así le había sorprendido un extranjero con el objetivo en uno de los pasos más peligrosos, sin que él se diera cuenta de ello. Algo terrible; me hacía estremecer.

- ¡Bravo!-exclamó Otto. Y al momento comenzó a hojear con ansiedad el libro que Heini, sin advertirlo, había dejado por allá. Había en él dos estampas y algo escrito.

- Trae acá-dijo Heini ruborizado e impaciente, queriendo arrebatar el libro; pero Otto se resistía y le rogaba con unos ojillos zalameros:

-¿Qué es? ; dímelo, Heini. ¿Es algo chistoso lo que tienes ahí?

- Mi libro de excursiones. Cuando acompaño a los veraneantes a las montañas, me suelen escribir ahí unas líneas, como recuerdo.

- A ver, a ver-, instó Otto en tono de súplica.

Heini cedió al fin. Mi hermano y yo nos pusimos a hojear el libro desde el principio hasta el fin, y leíamos los diversos dichos y poesías. En las más de las hojas había también pe-gada alguna estampa: magníficas vistas de los Alpes, Otto iba declamando las poesías; las serias, de prisa y en voz baja; las chistosas, despacio y en alta voz:

Loado sea el Creador del mundo, Que, sabio sin segundo,

Tan altísimas hizo estas montañas,

No fuera que los brutos majaderos, Que tantísimo abundan en los valles, Inundando, gaznápiros, sus calles, Con su aliento empañaran las hazañas De los nobles viajeros,

Que escalan estas cumbres, placenteros.

Dr. Meier.

Mi hermano se desternillaba de risa. Lo de "gaznápiros" le hizo muchísima gracia. Heini reía también por su parte. Por lo demás, la tal poesía no la había compuesto el tal Dr. Meier. La mismísima la leí yo más tarde en el libro de firmas de Rumerspitz; y, ciertamente, estaba escrita por otro.

Seguimos leyendo hoja por hoja.

- Olé, otra chistosa-exclamó de nuevo Otto.

Lo que el Rey entre los Príncipes,

Lo que el magro jamón entre los fiambres,

Y los bollos de Viena entre los panes, Tal es entre las cumbres el Pfeilspitze.

Los dichos que seguían eran en su mayor parte serios y dignos. Se acababa, pues, para Otto la materia de risa. Llegó, por fin, la última hoja. Otto intentó volverla; pero en esto, le echó Heini la mano.

-Eso no-dijo.

-¿Por qué no? Aida, déjamelo ver-dijo Otto en tono suplicante. ¿Es también algo chistoso?

Heini le arrebató el libro.

- ¿Qué es, Heini?-insistió Otto con más curiosidad.

- Nada, unos versos que yo escribí una vez que me encontraba solo en una montaña.

- ¿Tú mismo? Vaya, cosa buena debe ser. Eso tengo yo que verlo. Déjamelo, si no, te he de quitar una vez el libro.

- Que no-repuso Heini algo brusco. Y diciendo, metió el libro en el baúl y cerró. -Esto no lo has de leer tú jamás-. Y se guardó la llave en el bolsillo del pantalón,

Entonces nos fuimos a dormir.

Yo no podía sosegar. Yo tenía que ver lo que Heini había escrito en su libro, allá en lo alto de aquella montaña. Me incorporé y me puse a escuchar. Acompasadas y tranquilas se dejaban oír las respiraciones de los dos. ¡Ea, ya Pero nunca acababa de decidirme. Veía demasiado claro que aquello iba a ser una bajeza.

Heini dormía en su cama profunda y tranquilamente. El verle así me alentaba. Yo tenía que arrancarle el secreto.

Así estuve luchando por espacio de media hora. Al fin me decidí.

Con la linterna de bolsillo en la mano, me deslicé hacia la cama de mi primo. Con mis dedos ávidos y temblorosos le saqué del pantalón la llave con toda cautela y abrí con mucho cuidado el baúl. Primer acto de ratería de toda mi vida; pero en el momento no pensaba yo en tal cosa.

Con el pulso excitado eché mano al libro... la última hoja. Una estampa aparecía allí pegada; una montaña de admirable majestad, un tetraedro de roca perfectamente simétrico se erguía hasta el mismo cielo. En primer plano un prado alpino, tapizado de miles y miles de blancas florecillas estrelladas. Sólo este prado. Detrás, la colosal montaña. Al pie de la estampa escrito con lápiz, con rasgos vigorosos y claros de una mano infantil, se leía: "Hoy, 22 de abril, mi 16° cumpleaños, me encuentro yo solo en lo alto del Serles. Esta mañana estuve comulgando en Waldrast".

"Dadme, oh Dios, .un corazón

En que reinen a la vez Fortaleza en el dolor

Y pureza en el placer.

Dadme, Señor, que en mi frente

Pura irradie la alegría,

Cual del glacial refulgente Irradia la nieve fría".

Cómo volví a dejar el libro, cómo me volví a mi cama, es cosa que no sé explicarme. Sólo un sentimiento me dura hasta hoy: la abrasadora vergüenza que entonces me devoraba.

A la mañana siguiente, primera del nuevo curso, me dirigí por la calle de costumbre hacia el Instituto. Un sol deslumbrador caía sobre los tejados y se derramaba en torrentes de oro hasta el cauce de las angostas calles. Para mí terminaba el verano aquel preciso día. Después ya podía traernos el curso más y más variedad e interesantes acontecimientos. El primer día sólo me angustiaba la pérdida de libertad. Sólo sentía hastío y mal rumor. La presencia de Heini en nada me aliviaba. A mi lado venía muy ajeno de lo que se trataba. A mí se me iba el pensamiento a lo de ayer tarde. En lo exterior me hacía el fresco y despreocupado; pero allá, para mis adentros, me decía repetidas veces: total, un condiscípulo como otro cualquiera. Pero de nada me valía esta consideración. El re-velado secreto de un alma ajena pesaba sobre mí. Ayer tarde, oprimido por la profunda vergüenza de mi villanía, apretaba mi cabeza sobre la blanca almohada, y no me atrevía a mirar más a mi primo. Sentía algo así, como si un resplandor nimbara su frente y cegara mis ojos. Hoy no sentía ya vergüenza ni arrepentimiento. Sólo el despecho me consumía,

Ya desde la mañana había colocado Heini sobre su mesa una estampa, cuya vista me sacaba los colores a la cara: la misma a cuyo pie había escrito él aquella poesía. No podía darse cuenta de que aquella estampa era para mí un doloroso reproche. Y ahora venía a mi lado, tan inocente y despreocupado, por las calles de la gran ciudad, como si se tratara de su mismo pueblo; pero en su interior encerraba una luz ante la cual tenía yo que inclinarme. Me sentía simplemente vencido y derrotado sin remedio. Porque... ¿es posible que yo no tuviera nada en que fuera superior a este tirolés?

Con arrebatado ímpetu se me sublevaba en el fondo de mi alma todo lo más salvaje e insolente. Pero... aguarda, gritó una voz dentro de mi alma. Allá en la sierra es cosa fácil hacerse el piadoso y puro; pero vive una temporadita en nuestra capital y verás cómo escribes en tu álbum otra clase de poesías.

-Oye-dije de repente, contrayendo mis labios en un gesto de burlona ironía-, ¿qué estampa es la que tienes sobre tu mesa?

-Una estampa-repuso Heini como distraído.

-Pero, y ¿esa montaña tetraédrica..., por qué la tienes ahí sobre tu mesa?

Algo había en el tono de mi voz, que debió desconcertarle. Me miró un momento algo desconfiado; mi modo de mirar tampoco pudo caerle muy en gracia. Una ciencia demasiado misteriosa se traslucía en él; pero, ¿cómo había de sospechar algo? Al fin se sonrió ingenuamente, y dijo:

-Ah ya, el Serles. Una postal del Dr. Defner, ¿sabes? Esa famosa montaña de Innsbruck.



-¿Tiene esta montaña algo de particular?-le pregunté de nuevo, mezclando otra vez en mis palabras la misma burla taimada; pero esta vez no advirtió nada. Lleno de entusiasmo, comenzó a describirme cuántas veces y por qué lados había subido allá. Entonces fulguraron sus negros ojos la misma luz chispeante que ayer, al saludarnos por vez primera. Ya casi se olvidaba de que, lejos de aquellas hermosas montañas, andábamos todavía por las calles de la gran ciudad. Por supuesto, de lo ocurrido el día de su 16° cumpleaños no se le escapó una palabra; pero yo veía cada vez más claro por qué Heini había escrito su poesía precisamente allí arriba. Una fuerza especial debía encerrarse en aquellas montañas, fuerza de la que nosotros, los de ciudad, no tenemos la menor idea, una luz que de aquellos blanquísimos campos de nieve irradia a los que de la abatida prosa de la vida se remontan a la encantada región del mundo tranquilo de los Alpes. Esa luz, bien lo sabía yo, era la que Heini quería conservar. Pero para ese torbellino de la gran ciudad que a millones de vacilantes rojizas antorchas convierte en incendio devorador, ¿qué significa esa blanca centellita, descarriada de aquellas altas montañas? Ya me parecía verla agonizar en la mano protectora de Heini... El último, débil destello.

En esto, torcimos una esquina.

-El Instituto-1e dije secamente, señalando el sombrío edificio, que aparecía frente por frente en el fondo de la calle.

Envuelto en ceniciento ropaje, cual un romano en su toga, se destacaba el extraño y majestuoso edificio entre las casas de alquiler. A la vista de aquel lúgubre cuartel, con aquella serie interminable de ventanas, me subió de todos mis miembros un ligero estremecimiento y un ahogo angustiante a la garganta. Heini, por su parte, no miraba al edificio con mayor simpatía.

-Conque de nuevo a la rutina de siempre-dijo, metiéndose bruscamente la cartera debajo del brazo.

Atravesamos la calle, y subimos silenciosos la escalera de la portería, al encuentro del nuevo curso y de su suerte.

**CAPÍTULO II: Bravo Moll!**

Heini era el único nuevo en nuestra sala. En lo demás, todo seguía como antes de las vacaciones.

Había entre nosotros cuatro partidos: Rojos, Negros, Judíos y el Club. El grupo de los Rojos se componía de cinco alumnos: tres socialistas y dos comunistas. Los dos comunistas y uno de los socialistas eran aconfesionales; pero a todos los cinco devoraba un ardiente entusiasmo por sus ideas revolucionarias. Todos los días por la tarde, frecuentemente también a media noche, realizaban difíciles servicios por las obras de su partido. Uno dirigía un gran grupo: Los Halcones Rojos. Otro daba un curso a los alumnos socialistas de sexto. El peor de todos y más impulsivo era el comunista, Carlos Schauer. Este se desvivía con un celo ardiente por su ideal. En las horas de clase solía escribir instrucciones sobre el Comunismo, y después nos repartía los volantes. El resultado fue que en el espacio de pocos meses se había ganado para el Bolchevismo a cuatro judíos y a tres ciudadanos. Nosotros contemplábamos, no sin un ligero estremecimiento y un oculto asomo de admiración, la obra de los Rojos en nuestra clase.

El grupo de los Judíos constaba de doce miembros, pero sin distintivo especial; pues una parte se asociaba a los Rojos, y otra, a los Ciudadanos. Con mucha cautela se cuidaban de evitar cualquier separación de los no Judíos, por lo cual este grupo raras veces se presentaba como una asociación particular.

Los Negros, o sea los Católicos de convicción, eran pocos: sólo tres. Dos de ellos eran Congregantes. El tercero ayudaba diariamente misa en la Parroquia. Les llamaban los Hermanos del agua bendita, o los Dragones del Sagrado Corazón. Por lo demás, puesto que no nos estorbaban, no nos metíamos con ellos. Eran buena gente, excelentes muchachos, sobre todo uno de los Congregantes; pero no podían nada contra la clase y darse debían por satisfechos con que les dejáramos en paz.

El grupo más numeroso, de unos veinte, lo formaba el Club, esto es, los Ciudadanos Liberales. La Religión se consideraba entre nosotros como cosa personal, asunto privado, sobre el cual no había que preguntar. Ateo o panteísta, protestante o católico, cualquiera de esto podías ser. Eso no jugaba ningún papel. Sólo tenías que procurar no pronunciarte por ninguna confesión. Lo mejor que podías hacer era reírte más o menos burlonamente de las cosas de la Religión, como misa, confesión, instrucción religiosa, Papa, etc. Esto vestía muy bien; pues.., ¿quién se cuida ya de esas cosas?

Naturalmente, en el Club eran todos gente corridita y a la moderna. Florecía la vida de sociedad. Los más ricos se reunían por las tardes en los cafés, donde sentados, con el cigarro en la boca, tras los grandes ventanales, mantenían amena tertulia, Se preferían, por supuesto, chistes de baja estofa.

Otros se habían asociado al gremio de una Unión de Batientes de Estudiantes de Institutos. Jugaban partidos de naipes en sitios ocultos y para reparar el honor injuriado, se inferían unos a otros agudas cuchilladas en los brazos; porque la cara... sólo en la Universidad se podía utilizar para tan nobles fines. Y después de tales hazañas ya se podía vagar al atardecer coqueteando con la pretendida del Instituto, o asistir embobados y con lascivo interés a un excitante drama de costumbres en el Cine Heliotropo.

En la clase era el Club el que imponía la opinión. Sólo los Rojos fanáticos se atrevían a hacerle la contra, cuando no se les acomodaba. También contaba el Club entre sus miembros algunos que con mucho eran mejor de lo que parecían; pero ¡ay de aquel que osara ponerse en pugna con el espíritu liberal de la clase! Tendría que habérselas con Berner.

Kurt Berner era el jefe del Club, y no era nada fácil hacerle la contra. Por lo demás, a ninguno se lo desearía yo. El muchacho era, desgraciadamente, de muchas prendas. Hijo de un rico director de Banco, de buen talento, guapo, cosa de volverse loco, hábil y elegante en todos aspectos. Tras esta magnífica fachada fermentaba ya desde la Preparatoria una espantosa corrupción moral. Lo que salía a flote en la clase era sólo lo más exterior. A sus ocultas profundidades era dado asomarse sólo a algunos del Club. Y debo confesar que al fin del curso pasado había comenzado ya Berner a atraerme al círculo de sus confidentes.

Una semana después del comienzo de las clases vino Kurt a mi casa. Quería hablar conmigo. Una conferencia, como él decía. De sobra sabía yo lo que venía detrás. Prepárate, pues, Heini, que va a comenzar la danza.

-Oye, tú-me decía Berner, mientras con un gesto ele-gante se encendía el cigarro-, tu primo, ese Moll, es un buen chico, por lo que veo. ¿Qué me dices tú de él? Probablemente será uno de los negros, ¿no?

Yo hice un gesto de afirmación, Berner se sonreía.

Qué lástima! Vamos, espero que no será tanto. Figúrate, Moll y dragón del Sagrado Corazón!!! Que no, que no pega ni con cola. Ya sabes que los tiroleses son por naturaleza a la antigua y de los Negros. ¡Oh, la santa tierra del Tirol!! Jajá... Pero a un chico como Moll se le puede cepillar eso fácilmente. ¿Es, tal vez, un insípido?

- Yo no sé-dije fríamente--, pero creo que no.

Un ligero sentimiento de que estaba haciendo papel de Judas trató de apoderarse de mí; pero lo contuve en seguida. Berner se encendió en ira.

-Mira, aquí se puede dar un rodeo.

Así llamaba él la maniobra que pretendía hacer.

-A éste tenemos que traérnoslo al Club; tenemos que echarle el gancho. Si se va con los Negros, va a ser un escándalo. Toda la clase ha aplaudido, cuando en el último ejercicio de gimnasia hizo la plancha. Resulta todo un número. ¿Quisieras tú encargarte de ello? Será cosa en extremo fácil, tratándose de él.

Yo pensaba en el álbum de Heini. No había de ser tan fácil, como se imaginaba Berner. Aun el mismo Kurt podía cogerse los dedos.

- Bueno-le dije yo titubeando-. Yo tomaré parte; pero conmigo solo no va a salir bien la cosa. Ya sabes tú que estos tiroleses son terriblemente tenaces, y como es mi primo, tengo que andar con prudencia.

- Bien-respondió Berner-, entonces corre por mi cuenta. Tú no tienes más que echarle el anzuelo. De lo demás me encargo yo. ¡Ojo! En un mes le tenemos completamente en-vuelto. Trato hecho.

Le di la mano. El se sonrió ligeramente, y nos separamos.

La actitud de Heini no podía quedar oculta por mucho tiempo. Una cargazón de tormenta, presagio de una violenta tensión, comenzó a los pocos días de esto, a hacerse sentir entre él y una parte de la clase. El sentía la presión; pero no se echaba atrás. Con su natural brusco y espontáneo arrojo, venció la fuerza de una tiránica ley de la clase. ¡Atrevimiento inaudito!

Con el alma en un hilo seguían los grupos imparciales de la clase la dura lucha del nuevo con sus contrarios, quienes hasta ahora a todo el que no se les quería someterse, habían hecho besar la tierra con perfidia cobarde y desmedida grosería.

El martes de la segunda semana comenzó la historia. De profesor de Religión teníamos un anciano sacerdote, el Doctor Schlitzer, señor bondadoso y amable, pero falto de la energía y cualidades necesarias para los tiempos presentes. En el trato exterior tampoco poseía cualidades especiales por las que pu-diera imponérsenos. Durante la clase de Religión solía estar sentado o de pie junto a la cátedra, con el libro en la mano, el cual explicaba frase por frase. Alguna que otra vez hacía una aclaración al texto y después seguía leyendo muy despacio.

Entre los alumnos eran muy pocos los que tomaban notas. Unos jugaban a las cartas aun durante la clase; otros, copiaban los ejercicios de Matemáticas del de al lado, y otros leían novelas y periódicos.

En las calificaciones tenía el Dr. Schlitzer su manera particular. Un "mal" no lo ponía jamás. Era demasiado bueno para eso. El "regular" lo usaba con extraordinaria parsimonia. Pues bien: desde hacía dos años había llegado a ser ley de la clase el que nadie estudiara Religión. Cuando tomaba los exámenes el Dr. Schlitzer, decía uno lo que por casualidad había cogido en la explicación, o lo que el de al lado le apuntaba del libro. Con frecuencia exhortaba el profesor a la clase con muchas amonestaciones a que lo hicieran mejor. Naturalmente, predicaba en desierto. A la hora de la junta de profesores no le sufría su buen corazón dar tantas malas notas, y nosotros nos embolsillábamos tan satisfechos nuestro "bien" o "muy bien".

Otra cualidad particular poseía el buen Doctor; a los que asistían a las confesiones y comuniones del Instituto, se lo tenía en cuenta para las notas. El resultado era que todos, incluso los del Club, tomaban parte en la comunión general del Colegio. Pero... ¡de qué manera!

Pues aquel martes experimentó el profesor, y con él toda la clase, una insólita sorpresa. Al principio nombró a algunos, como de costumbre, y les preguntó sobre la materia de la última explicación, La cosa iba, se deja entender rematadamente mal, hasta que tocó el turno a Heini. El Dr. Schlitzer no salía de su asombro, cuando el nuevo, de corrido y con toda expedición, expuso hasta en sus menores detalles la unidad y autenticidad de los Evangelios, y ni siquiera dejó de citar las anotaciones hechas aparte del texto. Durante diez minutos habló Heini sin el menor tropiezo. Con tan grata sorpresa, hasta se olvidó el profesor de decir: Muy bien. Sólo cuando Heini terminó de hablar, logró reponerse de su asombro, y entonces dirigiéndose a toda la clase, les dijo: Aquí tenéis un ejemplo de cómo se aprende Religión. Si lo puede Moll, también lo podéis vosotros, ¿no es verdad? Así que el que en adelante aspire a un "muy bien", tiene que tomar como modelo a Moll.

Terminada la clase se me llegó Berner hecho una fiera, -Bueno--dijo Berner-, como nos resulte testarudo, ya le puedes amenazar en serio, ¿estamos? Esto no se ha visto nunca, ni estamos dispuestos a tolerarlo. De mí no le digas nada. Yo debo quedar entre bastidores, ¿entiendes?

Vaya si entendía. Casi me estaba dando lástima de Heini. Y sin embargo, concebía una cruel alegría, pensando cómo había de rebelarse desesperadamente contra el embate de todos.

Por la tarde, después de la comida, probé suerte. Otto estaba en el ''cine" y, así, podíamos hablar sin estorbos.

- Oye, Heini-le dije-, propiamente has cometido hoy una gran estupidez, aunque, es verdad, inconscientemente.

Heini cerró de golpe el libro, se sentó en la cama, y, mi-rándome muy fijamente, me pregunta:

- ¿Una estupidez?

Entonces le conté el acuerdo de la clase de no aprender Religión. El escuchaba tranquilo y reflexionaba. A fin, dijo:

- Este Dr. Schlitzer os hace la cosa realmente muy fácil. Así concibo que no aprendáis nada. Ciertamente, no me ha gustado nada el que me haya puesto de modelo. Pero, que te conste: la Religión la estudio yo por encima de todo. Siempre me acuerdo de nuestro profesor de Religión en Innsbruck, Dr. Haider. Eso sí que es un profesor de Religión, Si él pudiera tener una explicación en nuestra clase, verías cómo se quedaban embobados esos niños liberales. Esos no conocen ni por el forro lo que propiamente es Religión. Así que no tolero que me vengan con prescripciones.

-Pero no seas tonto, Heini-le aconsejaba yo-; si no, va a haber un choque; ya lo verás. Que a la clase no le gusta eso.

Al punto se acaloró.

-Pero, dime tú, Fritzl, ¿quién puede imponerme a mí lo que yo tengo que estudiar o dejar de estudiar? Esto es verdaderamente ridículo. Esto no le compete a nadie.

- Bueno, bueno, allá te las tendrás que haber con la UPAI. Y ya verás lo que pasa.

- La UPAI... y ¿qué es eso?-preguntó, mirándome fijamente,

-¿Acaso no la conoces tú desde que estabas en Innsbruck? Pues Unión Popular Alemana de Institutos, Diez del Club pertenecen a ella.

Heini reía.

-Pues como esos mozos sean tan valientes, como largo es su nombre, sí que será cosa de temer.

Yo me impacientaba.

-No es ésta cuestión de bromas, Heini, ya lo verás. Créeme: lo más prudente es qué te avengas. Si te agrada, ya puedes estudiar toda la Religión que quieras; pero guárdate de mostrarlo en la clase.

Heini me miraba furioso.

-Pues... precisamente por eso mismo. A mí no se me impone nada, No es por las notas; bien lo sabes tú; pero esa UPAI, va a ver que eso no le toca a ella.

- Conque ¿no cedes? -No.

- Bien-le dije secamente-, Yo sólo quería avisarte. No me lo tomarás a mal. Yo mismo no estoy de parte de la UPAI.; pero si te va mal, yo no podré nada.

Heini se levantó y mirándome me dijo:

-No te lo tomo a mal, Fritzl, claro que no, No tienes que preocuparte. No daré mi brazo a torcer tan fácilmente,

A la mañana siguiente me cogió Kurt Berner. -Dime, Egger, ¿qué tal ha sido la cosa?

-Mal-le dije-. No quiere ceder. Duro está de pelar. Tiene mollera de tirolés.

Berner encogió los hombros, y dijo sarcásticamente: -Pues tanto peor para él; éste va a ver...

El Dr. Schlitzer vino a clase, se sentó, abrió el libro y echó por encima de las gafas una escrutadora mirada alrededor.

-Vamos a ver, Moll: ¿qué me dice usted sobre la credibilidad de los Evangelios?

Profunda expectación se apoderó de toda la clase. Todos estaban en que le habían avisado; pero él, con toda tranquilidad, exactitud y soltura, repitió la materia de la última explicación.

-Muy bien-le dijo el profesor al fin-. Excelente. Aquí puede verse lo que la clase puede dar de sí, si todos los demás no fuerais tan ociosos.

Apenas terminó la clase, se le acercó a Heini Erich Rutmeier, el jefe de la UPAI. Heini sin poder ocultar su turbación, se hizo un esfuerzo para dominarla.

-Tú, Moll-le espetó Rutmeier con astuta mordacidad-, ¿no te ha dicho Egger que en nuestra clase no se estudia Religión?

Con una mirada de regocijo se le quedó Heini mirando a su ceñudo rostro.

-Naturalmente que me lo ha avisado, y si tú quieres, te lo puedo hacer constar por escrito.

-¡Qué imbécil!-dijo contrariado Rutmeier-, Una cosa te digo: como vuelvas otra vez a decir semejantes sandeces, te va a pasar algo; te lo prevengo.

Heini no volvió a sonreír. Sus facciones se volvieron severas, duras como de hierro. Sin pestañear, miró de arriba a abajo a su adversario, De repente relumbraron en sus ojos rayos fosforescentes, como el siniestro resplandor de ventisqueros alpinos. Plantado y sin pronunciar una palabra, desafiaba mirando de hito en hito a su adversario. Era un magnífico cuadro el que ofrecía a la vista.

Rutmeier no podía resistir aquellas miradas. Sus ojos des-tellaron un momento odio de cobarde. Al momento siguiente vacilaron, y por fin exprimió los párpados y torció la vista a otra parte. Y Heini, sin dignarse hablarle una palabra, dio media vuelta con toda flema, cogió sus libros y se fue.

Tres días después, antes de la clase de Religión, había una carta en el puesto de Heini. Estaba escrita a máquina y cerrada. Por fuera se leía:

"Heinrich Moll, 6. Clase.,

Heini la tomó en sus manos, la miró por ambos lados lleno de admiración de qué pudiera significar aquello y la abrió. Ninguno de la clase parecía darse por aludido; y sin embargo, todos le miraban de reojo con mucho misterio. La leyó, se ruborizó un poco y volvió a leerla. Después la rasgó por la mitad y se la guardó en el bolsillo. Terminada la clase me la mostró a mí. Decía así: "La primera vez que te pregunten en Religión, será la definitiva. Ya estás avisado y sabes cuál es la voluntad de la clase. Si no te quieres avenir, cargarás con las consecuencias. UPAI. 6. Clase".

En la primera clase de Religión tomó Heini su determinación. El mismo la provocó con fuerza, ofreciéndose a dar la lección. Desde hacía dos años ninguno se había ofrecido espontáneamente a darla. El profesor, sumamente contento por este celo de Heini, le alabó y le mandó repetir toda la materia de la última explicación, Mientras Heini hablaba, se pasaron por la clase unos papeles con esta inscripción: "Hay que hacer el vacío al traidor Moll. El que no contribuya, será severamente castigado. Por la UPAI., Rutmeier".

Heini no tenía idea de esta determinación de la clase. Lo único que notó con extrañeza fue que en el recreo ninguno le dirigió la palabra, y que yo mismo le hurté el cuerpo, y al querer hacer él una pregunta a uno del Club, éste le volvió la espalda, sin responderle. En aquel momento pasó junto a él Herbert, el Congregante, Heini le dirigió la palabra. Herbert, que siempre fue un muchacho valiente, pasó por encima de la prohibición del Club, y se puso a hablar con Heini. Dos minutos más tarde se oyó de repente un grito en la clase, Taruguito, como llamaban a Herbert, se había sentado, sin advertirlo, sobre tres chinches, que habían puesto en su asiento punta arriba. La clase hervía de placer, El primer castigo, Herbert devoró el dolor, que no fue muy agudo, que se diga; pero tuvo que dominarse para contener las lágrimas, que de cólera y rabia por semejante grosería le saltaban a los ojos.

Durante la clase escribió un papel y se lo alargó a Heini, que tenía su puesto precisamente delante de él.

"Querido Moll: Puedes contar conmigo, pase lo que pase, Desde este momento voy a estudiar yo también con mucho empeño todo lo de Religión. Se lo voy a comunicar también a Weinmann y a Gill. Si nos mantenemos unidos los cuatro, nos impondremos, ¿Estamos?"

Heini leyó el escrito y contestó con una señal de asentimiento.

Taruguito fue castigado por esta reciente comunicación con el incomunicado. Estando en los retretes en el tiempo de recreo, recibió de improviso una bofetada de Rutmeier. El comenzó a defenderse con valentía y el resultado fue una pelea. La semana siguiente se repitieron día por día semejantes escenas. La UPAI se había llevado un chasco en un punto, pues no era sólo con Heini, sino que tenía que habérselas, además, con otros tres Negros: Weinmann, Gill y Taruguito. Estos no hacían caso de la incomunicación, antes al contrario, sólo por eso, se juntaban con él. En el estudio de Religión imitaban también su ejemplo. El grupito se mantenía firme y fielmente unido y afrontaba todas las rabietadas de los contrarios. Rutmeier, secretamente impulsado por Berner, tentaba los medios más groseros para intimidar a los cuatro.



El día de la excursión que hicimos a Kaltenleutgeben, una ocasión en que Heini se quedó algo atrás, fue acometido por Rutmeier en el bosque y brutalmente apaleado. El se defendió con todas sus fuerzas; pero, como es natural, contra la cobarde prepotencia de cuatro no pudo nada. Los cuatro le zamarrearon todo el cuerpo durante un rato y se fueron de allí corriendo. Heini, sangrando por manos y nariz, con un pie dislocado, siguió, cojeando, a la clase. En el próximo arroyuelo se lavó las heridas, y se las cubrió con tafetán. Por la noche, antes de irse a acostar, me contó este asalto, que, por lo demás, ninguno había notado. Yo fui el único a quien él se lo contó. Ni siquiera sus tres amigos llegaron a saberlo.

Con tan bajas groserías aprovechaba la UPAI cualquier ocasión para mofarse de la Religión católica. Había que hacer rabiar a Heini y a sus compañeros hasta sacar sangre, Aun hoy, cuando lo recuerdo, me lleno de profundo asco. Las más infames burlas y los chistes más groseros llovían contra la Religión y contra lo más santo que hay para un joven.

El día de comunión, cuando íbamos para la iglesia, repartió Rutmeier entre los suyos una tableta de chocolate, que ellos no tuvieron el menor empacho en devorar[[1]](#footnote-1). Y entonces me dijo con una burló mordaz Lástima que los curas no hagan las hostias de chocolate! Por que yo iría a comulgar diariamente.

A Heini le pareció aquello insufrible:

-¡Cobardes micos! Bien podéis alzaros con ésas, que antes de la comunión os tomáis un pienso de chocolate. ¡Hipócritas! Por lo único que vais a la iglesia es por las notas, Prefiero mil veces a los Rojos, que al menos dejan honradamente de venir. Rutmeier no contestó palabra, En la iglesia se sentó con su gente muy cerca de Heini y pasaron toda la misa haciendo los chistes más groseros, tales que Heini se enrojecía hasta las sienes de vergüenza, Y después de todo esto.., se acercaron a comulgar...

Heini tuvo que sufrir horriblemente por la pena que aquella chusma le ocasionaba. Al mismo tiempo se mezclaba en su corazón encendida cólera y rabia desesperada. Cualquier súbito motivo hubiera bastado para que aquella tensión hubiera descargado en terrible estallido. Ya no se podía contener más. Yo lo notaba.

Y tenía yo razón, Tres semanas después que comenzó esta lucha, el 20 de octubre, sobrevino el gran estallido, que nunca podré olvidar.

En el recreo de las once, subió Rutmeier al estrado, rodeado de sus nuevos satélites. Tenía un cartel en la mano y comenzó a recitar en él unas letanías, grosera imitación y escarnio de las lauretanas. Cada invocación era acogida con griterío y risotadas. Algunos clamoreaban un "ora pro nobis".

Los más de la clase permanecían en los bancos como meros espectadores, Heini, inclinado sobre su libro, parecía no darse por aludido; pero de repente, al oír un escarnio especialmente grosero, se lanzó de su asiento, En pocos pasos se plantó delante de la cátedra.

-¡Paso!

El grupo que cercaba a Rutmeier se abrió. Se precipitaron desordenadamente a derecha y a izquierda. En medio quedó solo el nuevo, erguido, los ojos enrojecidos y el rostro pálido de la cólera contenida. Silencio sepulcral en toda la clase.

-¡Canallas! ¡Basta ya! ¡Ea!

Y ya había recibido Rutmeier dos bofetadas a derecha y a izquierda. Rápido como un rayo, saltó de nuevo Heini hacia atrás, y dijo dirigiéndose a los de Rutmeier:

-¡Cobardes! Diez contra cuatro. Dejadme solo.

-Cogédmelo--dijo Rutmeier jadeante,

Pero aquí sucedió una cosa inesperada. Casi toda la clase, excepto la UPAI, se puso de parte de Heini.

-Tiene razón-gritó uno de los Rojos-. ¡Cobardes! Dejadlo solo con Rutmeier.

Todos se levantaron al punto de los bancos y rodearon a ambos contendientes. Al ver Rutmeier que aquello iba en serio, titubeó, avanzó indeciso algunos pasos. En un abrir y cerrar de ojos le dejó solo su grupo. Los neutrales se colocaron delante de él e impidieron meter mano. Heini se flechó contra Rutmeier y le agarró con fuerza por el brazo. El jefe de la UPAI, abandonado a sí mismo por vez primera, se resistía ciego de rabia, mordiendo, arañando, golpeando y revolviéndose; pero Heini no le soltaba. Sereno, respirando profundamente, le tenía agarrado con férreo brazo contra sí. Rutmeier se quiso inclinar un momento. Un fuerte empujón le hizo perder el equilibrio y dio con él en el suelo, Heini, abrazado fuertemente a él, vino juntamente a tierra, Un rato estuvieron ambos luchando en el suelo. Durante algunos segundos se pudo escuchar el agitado resollar de ambos. Rutmeier cayó tendido por completo. Sus espaldas medían el entarimado.

Schauer, el comunista, contó despacio y en voz alta: uno, dos, tres, Heini había vencido. Un terrible palmoteo atronó toda la clase, ¡Bravo, Moll! ¡Magnífico! ¡Valiente!

Heini lo soltó y se apartó. La sangre le corría por las manos y por los labios. Claras gotas de sudor cubrían su frente. Gill y Taruguito, le sacudieron el polvo del vestido.

Rutmeier no sangraba; pero bastante tenía encima. Se le veía. Con esfuerzos logró levantarse. En su rostro se dibujaba el odio y la cólera. Heini se le acercó y le alargó la mano:

- ¿Me dejarás ahora en paz?----le dijo sencilla y noblemente.

-Cochino--le respondió Rutmeier, volviéndole la espalda, Y esta fue la mayor victoria de Heini.

- ¡Bah, Rutmeier, el cochino lo eres tú! -gritó Shauer. Un "Bravoooo" clamoreó toda la clase.

En aquel momento sonó la campana para comenzar la otra clase. Heini se lavó con presteza las manos en el lavabo de junto a la pizarra, se pasó el pañuelo por las heridas y se fue jadeante a su puesto.

Desde esta hora dejó Heini de ser un nuevo. Era ya uno de la clase. Del asunto Religión no se volvió a hablar una palabra. Heini y sus tres amigos se veían de nuevo libres, tenían derecho a ser católicos, porque, como decían los Rojos, "la Religión es asunto privado".

**CAPÍTULO III: REDES**

En la lucha de la UPAI contra Heini, Berner se había mantenido prudentemente entre bastidores. Pura astucia suya. Ahora podía él surgir a cada momento con nuevos planes para i preparando a Heini y ganárselo.

Una semana después de la pelea con Rutmeier, me invitó Lerner a ir a su casa para una larga conferencia. Era la primera vez que yo le visitaba. En el barrio de las Villas se hallaba situada la magnífica quinta del director de Banco.

Kurt me vio desde su ventana y me salió al encuentro. Con afectada cortesía me ayudó a quitarme el abrigo y me condujo al salón de visitas, Allí me presentó a su mamá: 'Mamá, mi amigo Egger".

La señora Berner me alargó sonriente la mano, en la que lucían algunas sortijas y diamantes:

---1Oh, cuánta fineza la suya, de visitar alguna vez a mi Kurt! Ya me había hablado de usted. Desde ahora nos visitará con más frecuencia, ¿verdad?

-Si la señora me lo permite-le dije yo con una inclinación.

-Pues claro, Sr. Fritzl. A mí me gusta que Kurt tenga tan buenos amigos, en quienes encuentre estímulo y mutua inteligencia. Pero ahora no quiero estorbarles más, Kurt me tiene dicho que los dos quieren aprender juntos. Los estudiantes tienen hoy muchas cargas; en las clases se les exige mucho, demasiado.

-Lili-exclamó la señora desde la puerta-. Trae al cuarto de Kurt merienda para dos.

Nosotros nos despedimos y nos fuimos al cuartito de Kurt. Por supuesto este nombre no le cuadra. Era una habitación grande, alfombrada, con preciosos muebles de color oscuro; todo un verdadero salón.

Kurt se echó en el sofá, cruzó las piernas y me alargó sonriente la pitillera de plata.

-¿Has oído cómo mi señora madre se lamenta de que tengamos que estudiar tanto? Jajá, me tiene todavía por un bebé. Bah, tanto mejor para mí. Cuanto menos sepan los viejos, mejor.

Y con elegante dejadez se apoyó hacia atrás, y sopló pensativo el humo azul del cigarro. Entonces volvió rápidamente la cabeza y mirándome a la cara, me preguntó:

-¿Qué tal va el asunto de Moll?

-Lo mismo que antes-fue mi respuesta.

-¡Condenado!-refunfuñó él-, Lo de la Religión ros ha salido mal. Debíamos haberlo preparado mejor. Con tales procedimientos no se le puede conquistar. Debemos comenzar por otro lado. Tengo un plan. Tú debes sonsacarle alguna vez a ver lo que el chico todavía ignora, Ya me entiendes, a ver si ha abierto ya los ojos, y cosas por el estilo, Debe ser todavía inocente, Así puedes excitarle un poco la curiosidad. Y entonces va a conocer las cosas a fondo. Verás cómo cae en la trampa. En este punto no hay quien se resista. Pero debemos tenerle de la mano con cuidado. No hay que hacerlo todo de golpe y porrazo. Primero abrirle los ojos, hasta que prenda fuego. Lo demás se seguirá por sí mismo.

La criada entró con la merienda. Nos saludó, puso la bandeja sobre la mesa, separó los diversos platos y se retiró con un corto saludo,

Naturalmente, mientras ella estuvo delante, había cambia-do Berner la conversación, y hablaba de otras cosas. De nuevo volvió al asunto de Heini y me expuso detalladamente su plan. Se había decidido que yo le sondeara en los días siguientes en tono de confianza. Como esto no era nada peligroso, me ofrecí con gusto a ello. Me imaginaba lo linda que había de ser aquella aventura.

Al momento de despedirnos encontramos en la escalera a Helma, la hermana de Berner.

-Tanto gusto, Egger-, me dirigió como saludo la alegre muchacha de quince años. Ya nos conocíamos. Ella estudiaba quinto año en el instituto.

-El gusto es mío, Helma-, respondí yo, y nos dimos la mano.

-Es una fineza de usted el venir alguna vez a visitarnos. Ya se lo contaré alguna vez a Langer Elsa- dijo sonriendo picaronamente, pues la tal Elsa era mi pretendida.

-Anda, tonta-le increpó. Berner-. ¿Te crees tú que nosotros no tenemos otra cosa que hacer sino andar al retortero tras vosotras las muchachas? Eso es lo que vosotras quisierais, cabecitas de muñecas.

-Anda tú, no me vengas con fingimientos hipócritas-le respondió ella desdeñosa-, que andas precisamente todos los días con la Schober Elli. ¿Te crees tú que yo no estoy enterada?

-Quita allá, descarada-gruñó él. Y ella, conteniendo la risa, subió corriendo la escalera y nos saludó cariñosamente con la mano.

-¡Qué demonio de muchacha esta Helma!-le dije.

-Déjala-. Berner hizo un movimiento con la mano, como no dándole importancia. -Es todavía una chica.

-Gracias a Dios-se me ocurrió decir para mis adentros.

Tres días más tarde vino la suerte en mi ayuda en el negocio de Heini. Sentados estábamos los dos, el uno frente al otro, en el cuarto de los chicos. Había traído de su casa una carta con la nueva de que le había nacido un hermanito. Era el quinto de la familia. Con él tenía ya dos hermanos y dos hermanas. Rebosando contento me mostró el escrito, y me dijo:

-Tengo la mar de curiosidad de ver qué aspecto presenta el chiquitín. Y no han sido para decirme cómo se llama. Se han olvidado por completo de ello.

Yo leí la carta, le di mi enhorabuena por su nuevo herma-nito, y con esta ocasión comencé a sonsacarle, según el plan de Berner. Al principio contestaba candorosamente; a ciertas preguntas contestaba ruborizado; pero al preguntarle yo des-caradamente sobre el punto principal de aquel interrogatorio, se quedó un momento pensativo mirando al suelo y cortando la conversación decididamente, me dijo:

-Basta, Fritzl. Ya me ha explicado a mí el profesor de Religión cuán sabia y delicadamente ha dispuesto Nuestro Señor todas estas cosas. No necesito de más ilustraciones. Si cada joven supiera estas cosas, como yo las sé, no hablarían muchos de ellos tan groseramente sobre el particular. Y una cosa te digo: como me venga a mí uno de esos con semejantes groserías, se va a llevar una bofetada que le va a costar tres días de cama.

Cuando más tarde nos fuimos a acostar, no pude por mucho tiempo conciliar el sueño. Un nuevo mundo se presentaba ante mis ojos. Era la primera vez que un hombre me hablaba de estas cosas de una manera limpia y digna. Hasta aquí había amasado yo todo mi saber con lodo y agua sucia.

Un profundo asco de Berner y de sus planes se apoderó de mí ¡Qué elevado parecía Heini ante él! Y yo tenía que hacer de Judas. Abrasadoras oleadas de vergüenza me subían hasta las mismas sienes.

A la media noche, cuando al fin logré adormecerme, quedó tomada mi determinación: que el traidor pruebe suerte por sí mismo. Conmigo no había de contar. El informar a Berner lo diferí hasta que él mismo se presentara, que fue dos días más tarde. En el recreo me llevó aparte y me preguntó:

-¿Qué tal va el asunto de Moll?

-Magnífico-le respondí sonriente.

El se me quedó mirando todo sorprendido.

-¿Cómo así? ¿Qué es lo que has hecho?

--No he hecho nada; pero el niño no necesita de más ilus-tración. Ya lo sabe todo.

Berner miraba fijamente al suelo.

-Imposible. ¡Qué hipócrita! Jamás hubiera yo creído tal cosa. Cuéntame.

-No hay mucho que contar. Un sacerdote se lo ha explicado ya todo y Heini tiene estas cosas como sublimes y santas en las cuales no permite se ponga las manos.

-¡ Rayos y centellas! ¿Esa es la historia? ¿De modo que con toda su inocencia ya lo sabe todo ese chiflado?

Yo hice un gesto de afirmación. Una maldición se escapó de sus labios.

-¿Y qué vamos a hacer ahora?

-Lo más prudente será que lo dejes en paz-fue mi consejo.

-Vaya un cobarde-repuso él encolerizado. -Pues nada más que por eso. Ya sé lo que vamos a hacer. Verás. Tengo un precioso libro con ilustraciones. ¿Estamos? Tú se lo vas a dar a leer; pero, no tengo que avisártelo, que no se te escape que es mío.

-Yo no me meto en este asunto-le dije decidido. -¿Crees tú que yo me voy a dejar coger los dedos?

El se quedó pensativo.

-Bueno, yo mismo lo haré. Se lo enviaré sencillamente por correo, y así nadie puede saber de dónde viene. Pero a este rodeo no renuncio yo por nada. Vas a ver cómo me lo embolsillo.

Yo encogí los hombros. Con el mayor gusto le hubiera dado una bofetada. Pero con él no había, que romper del todo. A nadie aconsejaría yo tener a éste por enemigo.

La misma mañana siguiente recibió Heini el libro. Estábamos precisamente vecinos en el estudio. La dirección venía escrita a máquina: "Sr. Heinrich Moll. Dr. Egger-Viena IXWalgasse, 26".

Heini rasgó la envoltura y leyó el título. Lleno de admiración buscaba en la cubierta el nombre del remitente. No había cómo dar con él. Abrió el libro, y lo hojeó. Yo notaba lo tre-mendamente rojo que se ponía al ver las figuras. De repente se levantó de un salto.

-Oye, Fritzl. ¿Quién me habrá enviado esto?

Yo hice un esfuerzo para hacerme el desentendido. -¿Qué pasa, pues?-le pregunté, y tomando el libro en la mano, lo hojeé.

Las figuras me eran, hacía tiempo, conocidas; pero yo me hacía el espantado y el indignado.

-¿Quién me habrá enviado esto?-volvió a inquirir Heini, Su voz sonaba amenazadora.

-No puedo imaginármelo, Heini; pero aguarda, Tal vez alguno de la UPAI, que quiere molestarte,

Esto le pareció evidente.

-Exacto-dijo él-. Esto sólo se puede esperar de uno de esos. Pero ya puede esperar sentado hasta que vuelva a recobrarlo.

Y tomando el libro, sin abrirlo siquiera, se fue a la estufa y lo arrojó al fuego, Y al incorporarse, ardía, encendido no menos por el celo que por el reverbero de la estufa.

-Fritzl, si alguien te pregunta, le puedes contar todo esto, -Pero, ¿por qué tan precipitado, Heini? Un libro como ése no se debe quemar sin más ni más.

-¿Qué quieres? Yo he visto en los Salesianos de mi pueblo, en Fulpmes, una pieza de teatro sobre los malos libros en la juventud. Una pieza como ésa debería representarse aquí en el Instituto, Si tú la hubieras visto, hubieras hecho lo mismo que yo, En aquella ocasión hice propósito de quemar al punto cualquier libro de ésos que cayera en mis manos. Considera, por ejemplo, si Otto hubiera pescado ese libro, ¡Qué grosería!

Y tenía que darle la razón. Entonces me acordé de Berner, y sólo hubiera deseado que él hubiera estado allí. No le envidiaba aquel refregón.

Cuando Kurt Berner me preguntó si Heini había recibido ya el libro y si lo había leído, le solté una rotunda mentira: que yo no había notado nada; que debía haberlo recibido no estando yo en casa y que yo no sabía lo que él había hecho con él.

-En todo caso debe haberlo leído-afirmaba Berner.

-No lo creo-aseguraba yo-. Por lo que le conozco, lo más probable es que lo haya echado al brasero.

Noviembre tocaba a su fin. Las tres semanas siguientes transcurrieron tranquilas para Heini. Berner dejó de molestarle. Con todo, no renunciaba a sus planes. Ya volveremos otra vez a las andadas, me dijo brevemente, antes de las vacaciones de Navidad.

En las clases no volvió a preocuparse nadie en adelante de la actitud de Heini. Podía hacer lo que le viniera en talante. Con los demás, fuera de la UPAI, era muy buen compañero. Aun uno de los Rojos trabó amistad con él, de lo cual resultó que Heini, con sus razonables y dignas conversaciones, logró entusiasmarle poco a poco por la fe y la religión.

Con los Negros permanecía Heini unido en estrecha fidelidad. Pasaba como jefe de ellos y en realidad lo era. Aquel grupo llegó a tener fuerza en la clase, y aun el mismo Club tenía que contar con él. Los cuatro valientes hacían frente al Profesor de Historia siempre que intentaba burlarse de las cosas del Catolicismo. Antes no se había preocupado nadie de sus salidas; pero al presente era otra cosa. Los Negros le hacían al punto la oposición y rechazaban la burla. En una ocasión llegó Heini a amenazarle con la denuncia al Director. El Profesor echaba chispas; pero al fin tuvo que ceder y revocar sus irónicas alusiones. Desde entonces andaba escarmentado y se guardaba de hacer tales mofas.

**CAPÍTULO IV: NAVIDADES EN EL TIROL**

El 18 de diciembre recibí una carta de mi tío, en la que nos convidaba a mí y a mi hermano a pasar con Heini las vacaciones de Navidad en Fulpmes. Cuando Otto se enteró, bailó un verdadero tango. Yo me encontraba en un temple parecido. Y, ¿a quién no había de emocionar la perspectiva de ir por vez primera a la sierra?

Sumamos, pues, nuestros esfuerzos y asediamos a nuestros padres para arrancarles el permiso. Heini nos ayudó solícita-mente. Al fin accedió papá. El 22 por la mañana teníamos que salir de Viena. Mamá tuvo todavía una linda ocurrencia: en ese caso celebramos la Nochebuena el 21, porque si la celebra-mos papá y yo solos nos va a resultar muy sosa. Un día como ese tenéis que estar con nosotros.

El plan fue acogido con entusiasmo. Así podíamos celebrarla dos veces.

Los tres días siguientes se pasaron en un soplo con hacer la maleta y otros solícitos preparativos. Heini andaba terrible-mente nervioso. La expectación por volver a ver su tierra y sus montañas penetraba todo su ser.

El 21 tuvimos, pues, la Nochebuena. El ambiente de tal fiesta con su alegre nerviosismo, subía de punto con la expectativa del próximo viaje. De regalos, recibimos trajes y libros. ¡Qué lástima que nos faltaban unos esquíes, por los que tanto habíamos suspirado Otto y yo! Yo notaba, sin embargo, en mis padres que no era olvido. Seguramente nos tendrían preparada alguna sorpresa. Heini recibió de mis padres un hermoso álbum de postales de las del Dr. Defner y algunas obras sobre alpinismo. No cabía en sí de pura satisfacción; papá había acertado con lo que más le gustaba.

Al fin, hacia la madrugada nos envolvió el ambiente de aquella santa noche en un ligero sueño, dulcemente intranquilo, del que había de resurgir a la mañana siguiente aún más radiante y hermoso.

El 22 por la mañana, a las 7, nos llevaba papá en auto a la estación del Oeste. Estábamos como locos de alegría. Otto, fuera de sí de puro, alborozo, jugaba al futbol con su mochila. Tenía que desfogar el gozo que rebosaba su corazón juvenil. Auto, exprés, montañas, Stubaital, trineos, esquíes... todo esto junto, casi era demasiado para él. Media hora más tarde nos encontrábamos ya en el tren Viena-Lindau y alargábamos por la ventanilla la mano a nuestro papá. El empleado llegó a la vía a dar la señal.

-Ya levanta el cucharón-exclamó Otto en voz alta. La gente del departamento reía. En el andén sonreía también papá y amenazaba al Benjamín, haciéndole señas con el dedo.

En esto arrancó el tren. Un último apretón de manos. Un largo, alegre saludo con la mano y ya abandonábamos la estación. Penetrante, cortante, nos envolvió el frío ambiente de la mañana invernal.

Heini cerró la ventanilla. Entonces nos sentamos y comenzamos a disfrutar, respirando a todo pulmón la alegría del largo viaje, que por fin había llegado a ser una realidad.

Hall...

Sin detenerse, pasó el tren por la estación. Rompiendo la neblina nos saludaban las luces de Innsbruck, proyectándose como brillantes estrellas en el cristal de la ventanilla, empañado de hielo.

En nuestro departamento estábamos solos los tres. Otto se había tendido en el banco y dormía. Las impresiones del largo viaje le habían rendido. Pero sobre todo que la noche pasada, de pura nerviosidad, apenas había podido dormir nada.

En Saalfelden, hacia el oscurecer, le había aconsejado Heini que se echara a dormir; pero rechazó el consejo, un poco ofendido; le parecía una vergüenza dormir en tren como un niño de pecho. Entonces me hizo Heini una señal, agarró al chico y me lo tendió a todo lo largo en el banco. Yo le puse la mochila debajo de la cabeza, le tapamos con nuestras mantas y dimos media vuelta a la llave de la luz. Otto se resistía entre risueño y mohíno; pero al fin cedió y se quedó tranquilamente tendido. Y... he aquí que a los cinco minutos dormía ya profundamente. Llegó la hora de despertarle. El asomó la cabeza por entre las mantas, se restregó los ojos y preguntó bostezando:

- ¿Qué hay?

-Innsbruck-le dije.

Quiso dar tal brinco para ponerse de pie, que casi se cae del banco. Se puso a mirar por la ventanilla; pero no había mucho que ver sino las innumerables luces en lontananza.

De repente se vuelve a Heini.

- ¿Qué es aquello de allá arriba?-preguntó, señalando afuera a la oscuridad.

Precisamente enfrente de nosotros se destacaba de la oscuridad una potente y radiante iluminación. -La estación de Patscherkofl-respondió Heini. -Al fondo, más hacia la derecha, está el Serles y Fulpmes. De día se ve desde aquí el Serles hermosísimo.

Nos pusimos los abrigos, nos echamos a cuestas las mochilas y salimos al pasillo. Allí había mucha gente que se disponía a bajar. El tren hizo entonces una curva y se deslizó por un puente.

El Inn-dijo Heini a Otto, señalando hacia abajo, a la corriente que rielaba.

Ya nos encontrábamos entre las luces de la ciudad. A izquierda y a derecha del terraplén de la vía, caminos e hileras de casas. Señales de luz rojas, blancas, verdes, pasaban volando junto a la ventanilla. El tak-tak de las ruedas se iba haciendo cada vez más lento; ya pasaban traqueteando por las numerosas agujas de la vía. Por fin, a las 6 en punto, se deslizaba el tren suavemente por la estación de Innsbruck, después de un viaje de 11 horas.

Otto se revolvía impaciente a la salida. Mucho esperar era para él hasta que la gente de delante abandonara el vagón. Con toda su fuerza apretaba y empujaba. Al fin le llegó la vez. Saltó de un enorme brinco al andén, dio una media vuelta y nos gritó:

-Estación principal, Innsbruck; abajo, señores viajeros. Heini le echó sonriente la mano al cuello y le empujaba hacia adelante por entre la turba de pasajeros.

Mirábamos a todos lados a ver si dábamos con el papá de Heini. De repente surgió a nuestro lado, ancho de espaldas y alto, como una isla en medio de la impetuosa corriente. Un finte de madurez le prestaba su poblada barba negra.



--Dios os guarde. ¿Qué tal el viaje?-preguntó, alagándonos la mano a mí y a Otto. En su rostro se dibujaba una sonrisa paternal. Entonces se dispuso a andar.

-Conque, muchachos, vamos a calentar con algo el estó-mago, que es lo principal por ahora, y en seguida a Fulpmes, que os están esperando ya todos.

Mientras comíamos en el restaurant de la estación, hizo que le contáramos el viaje, preguntó por nuestros papás y sonreía de cuando en cuando amablemente, con su hermosa voz de bajo, cuando contábamos algo chistoso. Por fin, salimos de nuevo al ambiente de la fría tarde de invierno. Tío tomó un auto. En pocos minutos nos plantamos en la estación de Stubaital. Heini nos enseñaba el monte lsel mientras tío tomaba los billetes. Con gran expectación contemplábamos la nocturna silueta de aquel monte cubierto de bosques, que desde nuestros tiernos años nos era ya familiar y como sagrado, por la heroica figura de Andreas Hofer y de sus valientes tiroleses, campeones de la libertad.

A las siete y media partió el tren. Pronto se encontraban las luces de Innsbruck a nuestros pies. En la estación del Oeste lucían las señales rojas. Por empinada cuesta subía penosamente el eléctrico vehículo, montaña arriba. Siempre arriba, arriba, ya atravesando oscuros y nevados bosques, ya solitarias faldas de montes junto a algunos cortijos y aldeas: Mutters, Natters, Kreit, Telfes...

Heini nos describía con vivo entusiasmo el recorrido de la vía, los montes de acá y allá, las carreteras; cada poste de la vía le era querido y de antiguo conocido. Donde nosotros veíamos sólo noche cerrada, nos describía él cosas magníficas. En medio de aquella oscuridad relucían las luces de su pueblo con mil caprichosos centelleos.

Pasado Telfes, enmudeció de repente, salió a la plataforma del vagón y se puso a contemplar lleno de placer las luces de Fulpmes que ante nosotros se destacaban de entre la niebla.

Yo le seguí y me puse junto a él silencioso. Me parecía como si desde aquellas alturas bajara a mi alma una fuerza sagrada que la penetrara toda. Invisible, pero sin poder sustraerse a mi conciencia, me envolvía ya el mágico poder de las montañas.

Allá dentro, en el vagón, se dejaba oír la risa de satisfacción de mi tío, a quien Otto contaba sus travesuras de muchacho con la viveza que le prestaba su buen humor.

En la estación de Fulpmes nos esperaba un pequeño ejército. Ya desde lejos les hacíamos señas. Cuando bajamos fue Heini materialmente asediado en un momento. Radiante de alegría abrazó a sus hermanitos. En esto se acercaron algunos conocidos del lugar y le dieron un cariñoso apretón de manos. ¡Qué alegre y animada baraúnda! Otto y yo nos mantuvimos allí junto. En los primeros momentos no se dieron cuenta de nosotros; pero allá se abrió paso mi tío con sus potentes manos y nos fue presentando uno por uno a sus chicos: Rudi, de 14 años, que estudiaba en Innsbruck; Margarita, de 12, y Luisita, de 7. Dimos, pues, la mano al primo y a las primas, y terminados los saludos, nos dispusimos a marchar. Heini iba delante rodeado de sus hermanitos; mi tío y nosotros dos seguíamos detrás.

Hacía aquella noche un frío glacial. Nuestros hálitos se convertían en blancas bocanadas como de humo en el aire. Bajo las pesadas botas de monte rechinaba la nieve a cada paso como cascarillas de cristal. Ante nosotros, por los caminos y praderas flotaba oscura niebla de invierno, y en medio de ellas se cernían cual lucientes antorchas las luces de la aldea. Este espectáculo, unido al desacostumbrado silencio del campo, nos producía una extraña impresión de solemnidad. ¡Dios mío, qué diferencia de Viena!-dijo Otto después de una largo silencio. Tío Enrique sonreía satisfecho.

-Pues claro-decía golpeando al rapazuelo en el hombro--; este aire de Stubai es otra cosa muy distinta del que tenéis allá en la capital. Pero sobre todo el sitio. Ya verás mañana todas las montañas de alrededor.

Mientras tanto íbamos llegando al lugar y avanzábamos por caminos de hielo, entre un laberinto de casitas que acá y acullá cubrían la vertiente. Innumerables caminitos y sendas serpenteaban en todas direcciones, cuesta arriba, cuesta abajo, hasta cada casita. Entre ellas se deslizaba murmurando el arroyo llamado del herrero, en profundo cauce hasta el valle. En la canal de madera brillaban verdosos los carámbanos de hielo al resplandor de algunas luces.

Cuando llegamos a la iglesia la encontramos claramente iluminada. Las entrelargas ventanitas parecían como lucientes cuadros de luz suspendidos en la niebla. Heini se quedó parado c'n sus hermanitos hasta que nosotros llegamos.

-Vamos a entrar-le dijo a mi tío.

La iglesia estaba vacía; sólo el sacristán se ocupa allá de-bate del adorno del altar. Lo primero que hicieron todos fue arrodillarse en los bancos para rezar una corta oración. Otto y yo nos quedamos por allá curioseando. Yo estaba admirado del interior de aquella iglesita de pueblo, tan. digna, hermosa y aseada. Y aquella fina armonía de formas y colores del baroco. Otto parecía poseído de las mismas impresiones, y cogiéndome por el brazo, me dice:

-Oye, Fritzl, mira ese confesonario; ¿sabes lo que parece? Pues un armario de la sala del Káiser en Schönbrun.

Entretanto ya se habían levantado. Mientras mi tío nos mostraba los altares. Heini se dio solo una vuelta por toda la iglesia. Sus ojos brillaban radiantes de alegría. Después de su petrera larga ausencia, miraba cada rincón de la casa de Dios como algo querido y familiar. ¡Cuántos recuerdos guardaba para él cada imagen y cada parte de aquel sagrado recinto!

El sacristán bajó de prisa la escalera y se llegó a él alargándole la mano por encima del comulgatorio y saludándole amigablemente. Después continuamos el camino a lo largo de las callejas del pueblo, hasta salir al otro extremo del lugar, y todavía algo más allá. Ya no aparecían más casas ni a derecha ni a izquierda. Sólo se veían setos y, detrás de ellos, prados cubiertos de nieve. En la oscuridad, allá, enfrente de nosotros, brillaban algunas luces.



-Aquellas son las ventanas de casa-dijo mi tío-. Ya estamos cerca.

Sobre la puerta del jardín ardía una luz eléctrica. Al resplandor de ella podíamos ver la fachada de casa. Tenía dos pisos. Las paredes estaban en parte cubiertas de yedra; sobre las ventanas del primer piso aparecía la inscripción "Villa Bergfried"; alrededor de la casa había un jardincito: árboles frutales, un bosquecillo de pinos, algunos arriates con sus fuentes y grutas.

Rudi corrió el primero. Cuando llegamos a la puerta de la casa pasando por el jardín, ya nos esperaba en el umbral mi tía.

-¡Mamá!-exclamó Heini. Y subió en un vuelo los escalones. Ella le estrechó con ambos brazos, se dirigió después a nosotros y nos abrazó a Otto y a mí con tanto y tan sincero cariño como si fuéramos sus propios hijos. Yo no acertaba a saber lo que pasaba por mí; algo así como un milagro me lizo feliz ya desde el primer momento la condición de aquella mujer. Me parecía como si un sol hermoso y apacible irradiara de ella.

Ya dentro, en el corredor, pude verla más cerca. Era mucho más pequeña que mi tío. Los vestidos muy bien arreglados, y sobre ellos un delantal, resplandeciente de limpio, le daban cierto aire de muchacha. La misma impresión me produjo su cara; pero sobre sus facciones de natural frescas, se dibujaba un ligero dejo de amargura, propia de los cuidados del matrimonio, de los sufrimientos maternales, del trabajo y de callados sacrificios. Sus ojos dejaban traslucir una cosa muy sublime: un ardiente al par que digno destello de ese abnegado y profundo amor de madre. Y todo esto tenía en esta mujer un propio sello de santidad. Era lo más hermoso de ella, algo lozano y puro. Yo no comprendía entonces qué sería aquello; un ligero barrunto me decía que tenía que ser algo de santidad. Sólo sentía que mi mamá no lo tenía, por más amable y buena que fuese. Más tarde di con la solución: la madre de Heini llevaba a Dios en su corazón con fidelidad y fuerza inconmovible. Recibía cada día la Sagrada Comunión. Y la inefable bondad y amor de Dios irradiaba, desde el corazón de esta mujer, un calor que hacía felices a su esposo y a sus hijos.

Dejamos en el corredor las mochilas y los abrigos, nos quitamos las botas de clavos y las cabíamos por otras de paño de más abrigo. Entonces entramos en la habitación que 3r4 estaba dispuesta para la cena. Sobre la mesa había un vaso con un ramo de tallitos de abeto, palma bravía y muérdago.

-¿Dónde está Juanito?-preguntó Heini al momento. Precisamente el hermanito que no había visto nunca. Mi tío quiso traérselo, pero en esto entró mi tía con el chico en los brazos. Con unos ojuelos muy abiertos miraba el pequeñuelo alrededor, y jugueteaba enredando sus deditos con los encajes de la mantilla. La madre le presentó al pequeño. Heini se ruborizó cuando, según su antigua costumbre, le hizo una crucecita en la frente, en la boca y en el pecho. Nuestra presencia se le hacía algo molesta; pues él sabía que en nuestra familia no había tal costumbre, pues mis padres eran liberales. Entonces besó al chiquitín con todo cariño en la boquita y lo tomó en sus brazos. Entonces comenzó Juanito a chillar a todo pulmón. Sonriente volvió mi tía a coger al chico y se lo llevó a la cuna.

El rezo antes de la cena fue para mí y para Otto una cosa desacostumbrada; todo aquello tenía para nosotros una solemnidad de algo sagrado. Eso sí, durante la comida misma y después, no hubo nada de solemnidades. Pudimos contar muchas cosas; mis tíos se reían de las ocurrencias de Otto, preguntaban sobre Viena y ponían a Heini al tanto sobre las novedades de Fulpmes. Siempre que mi tía volvía de la cocina y se sentaba con nosotros, hablaba yo con ella.

Pasada una media hora, mandó mi tío a los hermanitos de Heini a la cama. Estos dieron a cada uno la mano y se subieron a sus cuartos. Las dos niñas dormían en un mismo cuarto.

Rudi tenía como estudiante una wigwan, con la cual estaba muy ufano. Heini, Otto y yo teníamos una habitación grande para los tres, como en Viena. Mi tía la había dispuesta con muy fina delicadeza. Porque estábamos ya muy acostumbrados a estar juntos y hubiéramos extrañado mucho dormir separados de Heini. Así que estábamos realmente encantados de poder seguir juntos.

Cuando los chicos se fueron a dormir, seguimos nosotros con mi tío charlando en la sala, mientras mi tía nos preparaba un té. De repente se levantó Heini:

-Voy de un salto a la cocina con mi madre-. Todavía no había tenido ocasión de hablar con ella a solas.

Unos minutos después estornudó Otto, y con esta ocasión se dio cuenta de que había dejado el pañuelo en el abrigo.

Salió, pues, a buscarlo, y cuando volvió venía un poco sonrojado. Yo noté al punto que algo debía haber pasado. Más tarde, cuando íbamos ya a acostarnos, estando precisamente Heini afuera, me dijo Otto, después de una larga reflexión:

- Oye, Fritzl; Heini estaba llorando muy fuerte en la cocina. Lo he visto por la rendija de l2; puerta. Se apoyaba sobre tía y lloraba, como lo oyes. ¿Qué será?

En este momento volvió Heini, y yo no pude ya advertir a Otto que no dijera nada sobre aquello: creía que él de por sí sería tan avisado como para ello. Pero cuando estuvimos ya en la cama y apagamos la luz, preguntó Otto de pronto, titubeando un poco:

-Heini, ¿no estás tú a gusto con nosotros en Viena?

Yo sabía lo que Otto quería Con aquella salida; ¡si hubiera podido taparle la boca al deslenguado! Pero ya era demasiado tarde. Heini dio media vuelta en la cama.

- ¿Por qué no he de estar contento con vosotros?

- Nada, es que yo me lo he figurado al oírte llorar en la cocina.

Ya no tenía remedio. Durante un rato reinó un profundo silencio. Yo sentía lo rojo que se pondría Heini. La cosa no podía menos de serle sensible.

-¿Has estado tú espiando?-respondió él bruscamente.

- Yo, no-respondió Otto algo ofendido-. Pero tuve que buscar un pañuelo en el abrigo, y, al pasar por la cocina, estaba la puerta entreabierta y lo oí. No he podido evitarlo. Pero, ¿qué es lo que te pasa, Heini?

-No es nada. Era de alegría.

-¿De alegría? ¿Y de qué?

- Eso no lo entiendes tú.

Y en diciéndolo, dio media vuelta hacia la pared. Yo me di cuenta cómo le había herido la imprudente pregunta.

-Cállate ya-le dije yo a Otto-. No seas tan impertinente.

Un rato estuvimos en silencio. De pronto se volvió Heini a nosotros de nuevo y nos rogó con timidez infantil:

-No digáis a nadie nada de esto, os lo ruego, Otto y Fritzl.

Entonces quiso arreglar Otto su imprudencia y dijo con magnánima decisión:

-Está tranquilo, Heini; a nadie hemos de decir nada. Palabra de honor.

Heini no replicó, pero Otto sentía todavía cuán molesto le debió resultar a Heini, y con fino instinto de muchacho encontró la solución. Después de un corto titubeo levantó la cabeza y dijo con delicada timidez de niño esta hermosa sentencia:

-Heini..., tienes... una madre buenísima.

De nuevo asomaba el genuino Otto. Entonces hubiera querido yo dar las gracias a mi hermano por aquellas palabras.

Unos días después, en una hora de calma, me participó Heini por qué había llorado. Todas las amarguras que había tenido que devorar en Viena, las terribles luchas por la pureza y por la fe le habían frecuentemente atormentado muchísimo; pero así que ahora podía asegurar a su madre que se había conservado puro y fiel, no pudo menos de llorar de alegría, por poderla dar esta respuesta.

Con una brusca sacudida me arrancaron del sueño. Otto, en traje de dormir junto a mi cama, me tiraba del brazo. -Fritzl, ¡arriba! Las montañas, ¡mira por la ventana!

El corrió de nuevo allá y contemplaba a través de los cristales la mañana invernal que entonces alboreaba. Heini estaba sentado en la cama, ya a medio vestir, y se reía de Otto, que andaba fuera de sí de admiración y entusiasmo. Yo me vestí de prisa y me fui a la ventana. La vista era realmente arrebatadora. Ante nosotros aparecía el valle de Stubai en toda su extensión, con sus campos de nieve resplandeciente, la cinta de plata de su arroyo y a la izquierda las numerosas casas de Fulpmes. Frente por frente, de la otra parte del valle, se levantaba la negruzca pared de una enorme montaña; allá arriba, en la altura, doraban los primeros rayos del sol naciente las dentadas crestas cubiertas de nieve. Un mágico fulgor e iluminación embestían los ventisqueros de allá arriba; un rosado resplandor caía sobre las blancas llanuras. De allí para arriba se levantaba el frío cielo invernal de azul intenso. A la derecha, en todo lo que abarcaba la vista, rocas sobre rocas, picos y picachos, bañados en arreboles, de un sol reverberante.

Mis ojos se volvieron de nuevo a una enorme mole de roca que allí, pegando a nosotros, se erguía. Se podía distinguir con toda claridad cada pino hasta arriba mismo en la región de los pastos, que, cual blancos y lisos planos, arrancaban de los bosques.

-¿Cómo se llama esa montaña?-le pregunté a Heini, que en aquel momento se lavaba. Se acercó a la ventana.

-Ese es el Serles-respondió. A mí me dio un escalofrío.

-¡El Serles!-exclamé yo-. Pues si parece completamente distinto del de la postal.

-Claro. En la postal aparece por delante y ahora lo estás viendo de lado.

Conque éste es el famoso Serles, esa montaña cuya sola imagen tanto significaba para Heini. Yo me quedé un rato en silencio y contemplaba la gigantesca montaña con un sentimiento de asombro y respeto.

En esto comenzó Heini a nombrarnos por su orden las otras montañas: Rotewand, Kesselspitze, Wasenwand, Schneiderspitze, Pinniskegel, Kirchdach, el pico once, el pico doce...

-Y el pico trece y el pico catorce-continuó Otto, y se tapó las orejas-. Basta, que yo no puedo retener tanto nombre.

La cuestión de los nombres era para él cosa secundaria. El quería únicamente mirar y más mirar. A cada momento descubría su vista algo nuevo. Al fin nos repusimos de nuestra primera sorpresa y nos terminamos de vestir. Bajamos a desayunar. Mi tía nos trajo café y pan con mantequilla. Mi tío se había ido ya a su aserradero, que se encontraba allá abajo, junto al arroyo; tenía mucho trabajo en todo el valle como maestro de obras.

Heini terminó el desayuno en un santiamén.

-Venid después ahí, delante de la casa; allá fuera estoy-dijo, y salió corriendo.

Nosotros seguimos charlando un rato con mi tía y los chi-ces; después nos pusimos los abrigos, las botas y los guantes y nos fuimos al jardín. También aquí, al otro lado de la casa, se levantaban ante nosotros enormes y majestuosas las montañas. Un montículo de roca, cubierto de bosque, se extendía a lo largo del valle, Allí detrás se destacaban en el cielo los picos punteados en forma de conos, y praderas de una blancura deslumbradora se extendían entre las grises y empinadas pendientes de los picachos y riscos.

Así que salimos de la puerta del jardín y echamos una mirada alrededor en busca de Heini, oírnos que éste nos llamaba desde allá lejos. Estaba al lado de allá de unos extensos prados que, desde la vertiente, se extendían hasta su casa. Nos hacía señas. ¿Qué le habría llevado allá? Pero pronto dimos con ello. Tenía puestos los esquíes. De repente se dejó deslizar desde allí arriba y, zumbando, atravesó el prado en atrevida curva hasta nosotros. Era un magnífico espectáculo ver cómo aquella esbelta figura juvenil, con la seguridad de un ave, atravesaba de un vuelo aquella extensa superficie. Cada bache y ondulación del terreno los sorteaba con elásticas inflexiones. Cuando iba cuesta abajo por terreno liso, se erguía y mantenía tieso. Con penetrante silbido rechinaba la nieve bajo los esquíes. Ya nos parecía que se nos echaba encima irremediablemente; pero de repente, a pocos pasos de nosotros, al detener su carrera, se levantó una nube de nieve pulverizada y ya le teníamos ante nosotros, tan sereno y firme como una estatua de bronce. Respiró profundamente, se echó para atrás los cabellos, que le caían sobre la frente, y nos alargó sonriente la mano.

Un hormigueo me recorrió todo el cuerpo. Andar en esquíes, pensaba yo, debe ser cosa deliciosa; yo tengo también que aprender. La cosa me parecía, por lo demás, muy sencilla. Pero en realidad hube de comprender muy pronto que aquello era mucho, muchísimo más difícil de lo que yo me figuraba. Otto estaba también entusiasmado.

-Oye, Heini: yo tengo que aprender a eso-gritó cogiéndole del brazo-. ¿Quieres ayudarme?

. -Pues, claro-decía Heini sonriendo.

-Pero nosotros no tenemos esquíes-le repuse yo.

En los ojos de Heini relampagueó una sonrisa picarona.

-Ya verás: tú tomas los de mi padre y Otto los de Rudi, y manos a la obra.

-¡Olé!- gritó Otto y echó a correr hacia casa.

Yo le seguí, y Heini se quedó aguardándonos. Se los pe-dimos a mi tía, y ella nos dio amablemente los esquíes de mi tío. El mismo Rudi trajo los suyos a Otto.

-Puedes andar todo el día con ellos-le dijo con mucha generosidad-. Yo no los necesito hoy.

Así nos ejercitamos durante todo el día en el prado de delante de casa, y nos olvidamos de visitar Fulpmes.

Heini nos instruía con gran habilidad en todo lo necesario. Por la tarde nos encontrábamos enormemente cansados, pero ya podíamos mantenernos en pie, andar y bajar pequeños declives, Otto hasta intentaba dar un valiente "salto de Cristianía".

A la mañana siguiente continuamos nuestros ejercicios de esquíes. Rudi había prestado otra vez sus tablas a Otto, aunque seguramente le hubiera gustado a él mismo andar con ellas. Otto no se los quería recibir de ninguna manera; pero Rudi instó sencillamente hasta que se los aceptó.

Por la noche quedamos en casa. Era Nochebuena. Trabajo tuvimos de sobra. Yo me ocupé con Rudi en adornar el árbol de Navidad, mientras Otto y Heini ponían el nacimiento, que no era cualquier cosa. Había que cubrir de musgo la enorme montaña y poner luz eléctrica en el establo de la ciudad de Belén y en la gruta de los pastores. Después había que poner, como Dios manda, las 150 preciosas figuras de madera tallada. Otto ardía de entusiasmo en este trabajo. Yo sentía claramente cómo su alma, de niño todavía, se abría .al calor del hálito de la primavera religiosa, que alrededor de él florecía en esta casa.



Hacia las seis de la tarde fuimos, a excepción de mi tía, a la iglesia para la bendición. Después se quedó allá mi tío todavía con los niños, los cuales querían confesar. Sólo Heini se salió conmigo y con Otto. Ambos torcieron a la derecha.

- ¿A dónde vais por ahí?-les pregunté yo.

- A los Salesianos-respondió Heini-. Allí tengo yo mi confesor.

-Oye, yo también me voy a confesar-me dijo Otto al oído.

-Entonces me voy yo solo a casa-me dije, y me dirigí hacia la izquierda. Un poco me disgustó ser yo el único que no iba a confesar; pero no me lo pedía el cuerpo, y, por otra parte, no quería ser hipócrita.

Era una tarde majestuosa. La luna allá, en el poniente. Los rayos se reflejaban, castos y adustos en los ventisqueros, y algunas nubes bañaban allá sus plateados bordes. Blanquecinos velos de sutil niebla rozaban suavemente las faldas de la montaña. Un plácido rielar y centellear aparecía en todas las vertientes.

Yo dí un rodeo hacia la casa de mi tío y me fui para allá muy despacio. Altamente impresionado, gozaba yo el encanto de aquella admirable noche de luna.

Poco después de las siete nos encontrábamos otra vez todos reunidos. Durante la cena, ardían dos velas en la mesa. Terminada la cena, nos leyó mi tío el Evangelio de Nochebuena, que nosotros oímos de pie. Me parecía como si al conjuro de aquellas sencillas y conmovedoras palabras, se abriera una puerta muy alta, detrás de la cual sonriera la alegría de Navidad a todos los hombres de buena voluntad.

Después nos fuimos al otro cuarto, donde ardía el árbol de Navidad. El nacimiento relucía al resplandor de las bombillas y desde las mesas nos estaban saludando los regalos. ¡Cuántos goces infantiles tan íntimos, tan puros! ¡Cuánta bondad, cuánto amor derramaba la Navidad a torrentes en aquella familia! Lo padres regalaban a sus hijos, los hijos a sus padres, el padre a la madre y la madre al padre.

Para colmo de sorpresa, recibimos Otto y yo unos esquíes completamente nuevos, con todos los aprestos necesarios.

Así que pasó aquella avenida de júbilo, y cada uno curioseó sus regalos en callada admiración, tocó Margarita en la cítara el canto '"Noche de paz, noche de amor", y después rezamos todos juntos el Padre nuestro. A los pequeños se les mandó a la cama por unas horas. Heini y yo nos quedamos despiertos, y yo escribí una carta a mis padres. A eso de las doce, cuando el sonido de las campanas en festiva coro hendían los aires en aquella silenciosa Nochebuena, anunciando la entrada de la Navidad, nos fuimos hacia la iglesia para la misa de media noche.

Mi tío, sus hijos y Otto se acercaron a la mesa del Señor. Yo me quedé atrás en la iglesia; y, por primera vez después de mucho tiempo, volvió mi corazón a murmurar una ingenua plegaria. Era la petición de una gracia: la de asemejarme un poco a mi primo Heini.

Los días de Navidad reflexioné por primera vez, con detención, sobre mi situación con relación a Heini. Al principio de curso había yo leído su poesía; algo de su ser hacía por apoderarse de mí. Yo no sabía qué era aquello; pero sentía la suave influencia de aquella fuerza, que pacientemente se acercaba vencedora a mi corazón. Me sentía inquieto y me resistía con toda mi alma. Berner me parecía un aliado en la lucha contra Heini. Con violencia y astucia pretendíamos arrastrarle a nuestro lado, y lo que lográbamos era todo lo contrario. Heini se mantenía, a fin de cuentas, aún más grande y victorioso que antes. Su carácter terminó por admirarme y subyugarme, a pesar mío.

Pero a poco fui reconociendo de dónde provenía aquel influjo de Heini: de la poderosa e indoblegable fuerza con que se abrazaba siempre a lo noble, a lo puro, a lo grande. Yo también comencé a aspirar a este ideal; quería llegar a ser noble, puro y bueno; pero me faltaban las fuerzas para ello. ¿De dónde las sacaba Heini? Seguro estaba yo de la respuesta: de la práctica fiel de la fe católica. Y yo me resistía, a pesar de todo, con bravía terquedad contra esta respuesta. Este era el único punto en que yo estaba contra Heini; me parecía cobarde doblegarme bajo el yugo de la Religión. Quería ser noble, puro, bueno; pero por mis propias fuerzas. Quería seguir siendo liberal y al mismo tiempo un hombre como Heini, tan fiel y tan bueno.

Heini se daba cuenta de cómo me revolvía yo en mi interior contra todas las influencias del ambiente religioso. Y, con su exquisita sensibilidad, tomaba en consideración el estado de mi alma. Jamás insistió en este punto; al contrario, ni una mirada, ni un gesto traicionaron la admiración y extrañeza que le pudiera producir mi conducta. Seguía siendo el muchacho sano y espontáneo; me lo confiaba todo y jamás llegó a tocar el punto de mi alma. Lo único que hacía siempre era rezar por mí, según me dijo más tarde.

Otto, por el contrario, recibía todas aquellas influencias al momento, con corazón de niño inocente. Todo lo que hacía Heini le parecía bien y bueno. Carreras de esquíes, confesar, subir a las montañas, misa, etc. La familia rezaba todos los días por la noche un misterio del Rosario. Yo no tomaba parte; pero Otto pidió a Heini que se lo explicara todo; se compró muy satisfecho un hermoso rosario, y rezaba todos los días de rodillas con los demás.

Por lo demás, transcurrieron aquellos días de Navidad muy felices y agradables. Todos los días por la mañana, y con frecuencia también al mediodía, hacíamos los muchachos escapadillas a los campos de esquíes; primero, al prado de delante de casa; después, a los prados de Miereder, y finalmente a Schlicker, por Froneben.

Era un día magnífico aquel en que nos ejercitamos allá arriba con los esquíes. La nieve, de blancura deslumbradora, reflejaba la luz y el calor del sol al claro ambiente de invierno. Claramente iluminadas y maravillosas, como figuras del mundo de las hadas, se erguían alrededor las montañas Kalkógel con sus picos y pináculos, cúspides y más cúspides, formando una dilatada corona. Un brillante resplandor del sol se derramaba por loso ondulantes campos cubiertos de nieve, resplandor que resaltaba de allá, como dorado vaho, a la bóveda del cielo. Este majestuoso mundo de los Alpes, en su soberana grandiosidad y apacibilidad, me envolvía como un ensueño. Por detrás de este mundo, en profunda lejanía, divisaba yo la gran ciudad envuelta en un velo de nieblas; una negra charca de casas, sumergida en 'ruídos estridentes y desatado bregar. Era la imagen de mi alma. Un escalófrío me recorrió todo el cuerpo. Allá detrás, junto a mí, se dejó oír la risa de Heini. Yo me volví y lo vi en medio del resplandeciente ventisquero, revolverse en juguetona lucha contra Otto y Rudi, que con loca alegría andaban queriendo sepultarle en nieve. Nubes de blanco, níveo polvo salpicaban al aire. Una terrible comezón se apoderó también de mí. Me lancé allá en agitada lucha, y comencé a disparar con ambas manos nieve a la cara de Heini. En un abrir y cerrar de ojos ya me había cogido Otto por las piernas. Caí al suelo. Rudi refregó con nieve glacial mis ardientes mejillas. Entonces se abalanzó Heini sobre nosotros. Era aquello una baraúnda salvaje y animada. Cada uno luchaba contra todos; nos tirábamos al suelo, rodábamos, peleábamos y nos restregábamos unos a otros con nieve la cara y el cuello, hasta que ya casi nos faltó la respiración.

Al fin nos levantamos acalorados y cansados, sacudimos bien los vestidos y empaquetarnos los esquíes para volvernos a casa.

-¿Qué rica ha estado la cosa ?-decía Otto-. Deberíamos repetirlo con más frecuencia.

-Si le parece bien a Fritzl...-añadió Heini. Yo hice un gesto de aprobación:

-Siempre que queráis.

El 31 de diciembre, después de la comida, bajamos a Medratz en esquíes. Delante de la iglesia nos los quitamos, y subimos por una escalera muy empinada a la casita más próxima. Nuestra visita se dirigía al famoso imaginero, al sacristán de Medratz. Estaba abierta la puerta de la cocina y nos permitimos entrar: Otto y yo nos quedamos sorprendidos. Cosa semejante no la habíamos visto jamás. De un horno adosado a la pared subía el humo en ondulantes masas hasta el techo y colgaba después, como un banco de nubes, por las tiznadas paredes. El tiro del humo lo hacía una chimenea que se abría sobre la puerta. Todo el techo y la parte superior de las paredes estaban negros como el carbón, agrietados y saltados a causa del cáustico humo. El viejo zócalo, el ancho y bajo hogar, las cacerolas de estaño colgadas en la repisa de madera daban a aquella habitación un carácter de singular intimidad. Una típica, rancia cocina del Tirol. Me pareció como si de repente, por arte de encantamiento, me hubiera trasladado al siglo pasado.

Mientras tanto Heini había llamado a la otra puerta. Entramos en un cuartucho; junto a la ventana estaba sentado el susodicho famoso escultor, con el tarugo de pino en la mano derecha y en la izquierda el buril. Se nos quedó mirando un momento muy amigablemente.

-Dios te guarde, Juanico-le saludó Heini. En esto le reconoció.

-Pues... ¡si es Moll Heini! Y dejando a un lado las herramientas, se limpió la mano en el delantal y nos la alargó saludando. A los pocos momentos estábamos enredados en alegre charla. Nos sentamos y nos pusimos alrededor de él y le pedimos nos pusiera al tanto de su arte. Entonces nos mostró muchas figuritas que había terminado la semana anterior: pastores, reyes, camellos, caballos, vacas, burros y ovejas. Las figuritas estaban primorosamente talladas y delicadamente decoradas con pintura al óleo. Entonces nos pusimos a mirar cómo tallaba la cabeza de un pastor. Así que del tosco tarugo de madera iba saliendo poco a poco una cabeza de hombre con sus ojos, orejas, nariz y barba, no pudo contener Otto por más tiempo su admiración, y exclamó:

-¡Caramba! Ahora veo lo que es arte.

Y al ver que nosotros nos reíamos de su exclamación, se quedó un poco mohíno.

Al despedirnos, nos presentó el modesto artista un gran libro, y nos pidió pusiéramos en él nuestros nombres, como recuerdo de nuestra visita. Había ya en el álbum muchos cientos de nombres. Firmamos, pues, los cuatro; al fin le dimos la mano agradecidos, y nos fuimos.

Ya afuera, nos echamos al hombro los esquíes, bajamos la escalera, y saludamos de nuevo con la mano al famoso sacristán, con quien habíamos pasado una horita tan agradable. Heini se dirigió hacia el montecillo llamado Sonnenstein. -¿A dónde vamos por ahí?

-Al saltadero.

-¡Bravo!-exclamó Rudi-. ¡Estupendo!

Yo no sabía a punto fijo de qué se trataba; pero me lo figuré. Bajamos a lo largo del bosque hasta el pie de la montaña. A los pocos minutos de andar, se abría entre los árboles una lisa vereda en regular declive, a lo largo de toda la pen-diente. El saltadero de Medratz.

-Quedaos ahí de pie-dijo Heini, señalando el borde del camino.

Entonces cayó en la cuenta Otto. Primero se quedó mirando a la pendiente, después se dirigió a Heini y le preguntó: -¿Por ahí quieres tú bajar?

-No bajar, sino saltar.

Otto le cogió por el brazo. Tenía miedo.

-No hagas eso, Heini. Si llegas a saltar hasta ahí abajo, no te va a quedar hueso sano-. Heini reía.

-No es tan difícil; parece más peligroso de lo que es. Ya lo verás.

En esto se soltó de Otto y comenzó a subir con Rudi el monte. Nosotros le seguíamos con la vista, así que subía entre los árboles. A la mitad de la altura se quedó Rudi parado. Tenía que medir la extensión del salto. Cuando ya estuvo Heini en lo alto del montículo, nos saludó con la mano, se apretó tranquilamente las hebillas de los esquíes, nos saludó otra vez y desapareció por detrás del declive. En aquel momento me entró también a mí un poco de vértigo.

Otto se revolvía de nerviosidad. Mirábamos con la vista fija al punto donde a cada momento podía aparecer Heini. Así estuvimos unos minutos.

De repente surgió allá rápido como un rayo, como si hubiera brotado de la tierra. Con los brazos extendidos se disparó a lo lejos desde la cumbre del montículo. Durante un momento apareció suspendido en el aire y al fin cayó zumbando en rápida caída.

Otto gritaba y se agarraba horrorizado a mi brazo. Los esquíes tocaban de nuevo el suelo, y dieron un chasquido al chocar con la nieve. Heini se echó con todo su peso hacia adelante, y pasando junto a nosotros en vertiginosa carrera, se precipitó hasta el fondo del declive, se lanzó entonces un trecho cuesta arriba, dio un salto en el aire y se quedó parado.

Rudi contó desde arriba: treinta... y cinco.

Otto estaba pálido. Yo sentí después un ligero temblor. Pero Heini no mostraba la menor angustia. Con toda calma se volvió a nosotros y miraba satisfecho a lo alto del saltadero. En sus ojos brillaba un destello de alegría; todo el cuerpo erguido, como consciente de la hazaña que acaba de realizar. Revestido de fuerza y lozanía, aparecía él allá como un vencedor.

-1Ah, si le hubieran podido ver nuestros condiscípulos de Viena!-. Fue lo primero que se me ocurrió. Y se lo dije después en casa. El hizo con la mano una muestra de desaprobación.

-Pues, probablemente, no hubiera saltado-decía él.

A la vuelta, apenas si hablé yo palabra. Harto tenía que hacer con mis propios pensamientos. Heini era, indiscutible-mente, el mozo más valiente de nuestra clase. Valiente en todo sentido, no sólo en la lucha por la pureza y por la fe. ¿De dónde le venía aquella su lozanía y su valor en todos los órdenes de cosas? Aquella condición franca y abierta... ¿no la podría conseguir yo también por mi esfuerzo? Para ello no hacía falta ni confesión, ni misa. Pero siempre, es verdad, tendría que revestirme del carácter propio de estos montañeses de voluntad firme e indomable: seguir su propio camino, con fidelidad y sin declinar, ni hacer caso del ejemplo o de las palabras de los demás.

En casa me dio mi tía una carta, que había llegado a mediodía. La dirección escrita a máquina, no me permitía adivinar quién me la hubiera escrito. Estuve un rato pensando sobre ello. Así que la abrí y leí la firma, se apoderó de mí un sentimiento de disgusto. La carta era de Berner.

"Querido Fritzl: Dos palabras de prisa y corriendo. Ante todo, mil felicidades por el año entrante. ¿Qué tal te va en la santa tierra del Tirol? Seguramente que debes estar entusiasmado con las montañas, probablemente también con el pueblo y los vecinos, con el carácter, las costumbres y la rutina doméstica, etc. Ya conozco yo el cotarro. Tu primo, el dulce Heini, estará con todas las fibras de su alma pendiente de esas pamplinas. De seguro, estará él almacenando fuerzas en abundancia, pues el nuevo año no se le presenta muy fácil. Tenemos que conquistarlo. Tengo nuevos planes. Con que, ¡ojo!, no vayas tú mismo a quedar prendido y te vayas a navegar a velas desplegadas al campo clerical. Porque el negocio es endiabladamente contagioso. Ya me figuro verte echado por los suelos de rodillas con el Rosario en la mano. ¡Qué linda figura! ¿Eh?

Pero basta de broma. Lo que quería decirte es que no debes olvidarte de influenciar a tu primo para nuestro negocio. En vacaciones hay muchas ocasiones para ello. Podrás ahí preparármelo a las mil maravillas. De lo principal ya me en- cargaré yo. Lo que es esta ve-z no se nos escapa. Que te divier-tas y goces mucho. Cierto que ahí tendrás que renunciar a muchos placeres; pero diferido no quiere decir omitido. Eso lo puedes recobrar después por duplicado. Cómo me va a mí, puedes tú mismo imaginártelo. Ya me estoy gozando con las noticias que me vas a traer después de vacaciones. Sólo cuando te encuentres de nuevo en Viena, podrás darte perfecta cuenta de lo ridículo y estúpido que es el carácter de esos cortos tiroleses. Por fuera fieros, por dentro hueros.

Hasta la vista.

Tu amigo.

Kurt Berner."

Leí la carta tres veces de cabo a cabo, la rasgué y la eché al fuego. Ni una palabra dije a Heini sobre ella. Propiamente no sabía qué hacer: si reír o darme por ofendido con aquel escrito. Finalmente opté por tomarlo en serio, y, no sin estremecimiento, me dejé poseer al momento de la maligna fuerza, que aquellos renglones infundían amenazadores: la diabólica voluntad de Berner de pervertir a toda costa a Heini.

Ya sabía yo que aquél no había de cejar, mientras le fuera posible, hasta conseguir su objeto. Por unos momentos me parecía Heini vencido sin remedio. Cierto, él estaba a la defensiva; pero sus fuerzas flaquearían poco a poco.

Entonces me vino de fuera la respuesta a mi duda.

Otto me contó con ferviente entusiasmo cómo el año entrante había de fundar con Heini una Congregación Mariana en el Instituto. Los días pasados se habían convenido ya los dos. Otto trabajaría calladamente, pero con ardor, en las tres clases inferiores. Heini tomaría a su cargo desde la cuarta en adelante.

-¿Cómo lo vas a hacer?-le pregunté yo.

-Pues, mira. Sólo admitiré a aquellos de los cuales podamos fiarnos plenamente. Al principio no es necesario que seamos muchos. Heini me tiene inculcado: pocos, pero buenos.

-Y ¿sabes acaso, qué es una Congregación Mariana?

Otto se me quedó mirando con aire de superioridad, y me respondió declamando:

- Pues es una junta de baile para estudiantes de Institutos, judíos y protestantes.

Yo me eché a reír. -No tienes por qué escamarte. Estoy seguro de que lo sabes. Sólo quería saber si Heini te había explicado ya claramente eso de Mariana, etc.

- Pues, claro. El ha hablado ya con el Padre de los Salesianos, con el mismo con quien nosotros nos confesamos. Este me lo ha explicado ya todo, y ya he quedado con Heini cuándo hemos de comenzar. Todo está arreglado. Y que lo sepas: Yo y Heini somos los que lo vamos a hacer.

Entonces corté la conversación y me subí al cuarto. Me eché en una comodona y me puse a reflexionar. De un lado, la reciente promesa de Berner, de que había de luchar; del otro, el plan de Heini sobre la Congregación. Me había equivocado: mi primo no se mantenía simplemente a la defensiva, sino que se lanzaba en persona al ataque, tan bizarro y tan valiente, como siempre. Y no sólo de nuestra clase; de todo el Instituto aspiraba a formar un grupo que se mantuviera en pie y decidido junto a la bandera de los católicos. Ya tenía ganado para ello a mi hermano, tan de corazón, que Otto se había puesto ya a su lado como jefe entusiasta.

Una enorme curiosidad se apoderó de mí de ver qué fin había de tener aquello. Yo me mantenía imparcial entre ambos partidos; imparcial, y sin embargo, confidente de los dos. Berner aparecía a mis ojos como un canalla. Heini, como un apuesta muchacho. A pesar de todo, me parecía Heini coartado en su actividad religiosa, y Berner, por el contrario, expedito y arrojado. La victoria se la deseaba a Heini de todo corazón; pero convencido partidario suyo... eso no. Me estremecía pensar en las trabas del alma, donde precisamente se encontraba la verdadera libertad. Así lo sentía yo. Rabioso me revolvía contra ello; no quería verlo. Dios mío, y de nuevo en lucha conmigo mismo. Me levanté y me fui hacia la ventana.

Sobre las montañas lucían las estrellas, como suspendidas en el cielo crepuscular, titilantes con plácida majestad. Ya podían reducirse a polvo las rocas de la tierra, como cristal que se pisa, y en su caída aplastar todas las obras de los hombres. Aquellos millones de soles proseguían en el alto espacio su im-perturbable, eterna trayectoria.

Allá dentro de mi corazón gritaba una voz, pidiendo des-canso y paz. Pero las estrellas permanecían fijas y mudas. Te-nía que lanzarme al nuevo año arrostrando nuevas luchas y nuevas derrotas. ¿No sería posible vencer a mi flaqueza? ¿Lle-gar a ser un hombre puro y noble?

Pasos apresurados se oyeron en la escalera.

-Fritzl, a comer.

Era Otto. Al encontrarme solo, se me acercó y me dio la mano.

-Fritzl, que tengas feliz Año Nuevo.

-Gracias, Otto-le repetí, apretando su mano derecha con sincero cariño-, igualmente, felicidades.

El movió la cabeza en señal de afectuosa aceptación. Sus ojos lanzaban fulgores de brillante luz.

-Sí, Fritzl, acuérdate, será magnífico. Heini y yo tenemos mucho que hacer este año.

Le di de nuevo la mano, y poniéndole mi mano en el hombro, nos bajamos para la cena de S. Silvestre.

**CAPÍTULO V: CADENAS**

El 2 de enero estábamos ya a la ventanilla del vagón y contemplábamos las luces de la gran ciudad. Después de un viaje tan largo, nos encontrábamos cansados y sin ganas de hablar. La impresión de que ya habían pasado las vacaciones y de que mañana comenzaban de nuevo las clases, hacía cada vez más presión sobre nuestro ánimo, cuanto más nos acercábamos al fin de nuestro viaje.

Cuando el tren se deslizaba suave y lentamente por la estación, se me figuró en un momento como si las pasadas vaca-ciones de Navidad no hubieran sido más que un sueño. Ante mí se encontraba de nuevo la gran ciudad con sus azares. Se me presentaba atrayente y hermosa, con profusión de luz y de colores, con su agitada vida y excitantes placeres. Por allá, detrás de nosotros, quedaban las gigantescas montañas en su silenciosa y yerta magnificencia.

A la mañana siguiente, con nuestras carteras debajo del brazo, tomamos el camino acostumbrado de la escuela. Me encontraba soñoliento y malhumorado. Otto iba con Heini en animada charla. Tenía ante sí un proyecto, que le llenaba de entusiasmo. Desde hoy mismo quería ya comenzar a conquistar gente para la Congregación que planeaba. Heini se veía obligado a aconsejarle prudencia, pues no se debía notar nada en el Instituto hasta que no estuviera todo arreglado. De lo contrario, la contra-obra de la UPAI, lo ahogaría todo en flor. Heini se volvió a mí y me dijo:

- ¿Quisieras tú tener la bondad de hablar con tu papá sobre el asunto de Otto, para que le deje entrar en la Congregación? Porque es necesario que papá lo sepa; si no, a lo mejor, más tarde vamos a tener líos.

- ¿Cómo?--le interrumpió Otto-. Para eso no hay que preguntar nada a papá; eso lo hago yo por encima de todo.

-Calma-le aconsejé yo-. Heini tiene razón; en todo caso es siempre mejor que papá lo sepa. Esta noche hablaré yo con él.

-Pero... ¿le vas a decir también que me deje entrar?--preguntó Otto preocupado.

-No te preocupes; si quieres entrar en esa asociación, ya veré yo la manera de que te lo permita.

Con esto quedó Otto, por entonces, contento; pero todavía me insistió tres veces más aquel mismo día, para que no cejara con papá hasta arrancarle el permiso.

Berner estaba ya esperando a la puerta de la clase.

- Buenos días, Egger. Buenos días, Moll-dijo, dándonos la mano. Así que entró Heini, me preguntó Berner: -¿Recibiste mi carta?

-Sí; muchas gracias por tu felicitación de Año Nuevo. Lo mismo te deseo yo de mi parte.

Le di la mano y él la apretó, guiñándome maliciosamente los ojos.

-¿Qué tal te ha parecido el Tirol?

- Bastante bien-repuse yo equívocamente. El se sonrió picaronamente.

-Ya me lo figuro. De desayuno, café y una misa. Al mediodía, albóndigas y cinco Padrenuestros, y por la noche, arroz con leche y un Rosario. ¿No es verdad? Ya lo sabía yo En estas cosas tengo yo un ojo clínico, ¿estamos?

-La cuestión de Moll-prosiguió-la tengo ya toda en limpio. Ya me he formado todo el plan; pero hace falta tiempo. Hay que proceder con cautela y despacio, ¿sabes?

En esto tocaron a clase.

-Bueno, después de la clase seguiremos-le dije; y nos fuimos a nuestros puestos.

A la una bajaba Berner conmigo. Otto y Heini me esperaban a la puerta.

-Oye Moll-dijo Berner a Heini-; Egger Fritzl va a venir conmigo a mi casa. Nos dispensarás, pues tenemos que tratar de un asunto.

-Por supuesto-accedió Heini sonriente.

--Por lo demás, perdona-dijo Berner con afectada cortesía-; ya se me olvidaba felicitarte por Ario Nuevo.

Y quitándose el guante, alargó a Heini la derecha, en la que relucía un anillo.

-Gracias, igualmente-dijo Heini, dándole asimismo la mano.

Heini tenía a Berner por un presumido; pero estaba muy ajeno de sus malas intenciones. Berner no le había entrado aún personalmente. A mí se me hacía en extremo doloroso ver cómo el seductor, con sarcástica alegría, apretaba la mano de la supuesta víctima. Pero me consolaba con la idea de que Heini no sería tan fácilmente embaucado, y de que Berner saldría probabilísimamente perdiendo.

Nos separamos. Heini se fue con Otto. Berner se puso los guantes, sin separar la vista de ellos. Simpático muchacho, este Moll, se dijo. Me volvería loco, si supiera que se nos escapaba. Al cuarto de hora me enteré de los planes de Berner. Primero había que dar a Heini sensación de seguridad. En las semanas siguientes no se permitiría a ninguno de la clase que se metiera con él, de cualquiera manera que fuese. Uno del Club quiso después abrir un Círculo Literario. Había en él gente de los cuatro partidos: un Negro, un Rojo y dos Judíos se habían apuntado ya. Según el plan, entraría yo también con Heini. Con esta ocasión se le iría acercando Berner, para irle tendiendo poco a poco sus redes.

-Tú eres pariente suyo y por eso no puedes tomar parte abiertamente, lo comprendo-decía él-; pero ya encontraré modo y manera. Tú debes sólo ver cómo te lo atraes al Círculo. Esto es todo tu papel. Ya te avisaré cuándo comienza a funcionar. Probablemente a mediados de febrero, al comienzo del segundo semestre. Hasta entonces me quedaré, naturalmente, a la expectativa.

Seguimos hablando de otras cosas, y al despedirnos, me invitó a ir con él a las ocho al Cine Cosmo.

-Te has pasado todas las vacaciones en ayunas. Ahora tienes que recobrarte. Hoy se proyecta una magnífica película: 'La Luz Azul". Yo la he visto ya.

Yo me excusé, diciendo que estaba muy cansado.

-Pues, duerme, sencillamente, al mediodía; pero esa pe-lícula tienes tú que verla. Por lo que he oído decir, la va a prohibir la Policía de la Moralidad. Todavía la cogemos a tiempo.

Era yo demasiado cobarde para decirle rotundamente que no. Y así cedí, al fin.

-A las ocho menos cuarto estoy en busca tuya con mi "auto", en la esquina de la calle Horl y Lichtenstein-dijo él-. Me voy inmediatamente a comprar las entradas, para los dos. Lástima que no te puedas traer a tu primo.

Al mediodía desalojamos las mochilas, y yo me fui a dor-mir unas horas. Después de la cena me quedé con papá en el comedor. Otto y Heini se fueron al cuarto. Al salir Otto, me echó una mirada de súplica.

-¿Me permites un momento, papá?

-¿Qué hay?-dijo, dejando el periódico a un lado. -Lo de Otto-dije yo-; quiere entrar en una asociación y desearía contar con tu permiso.

-¿Qué asociación?

-Una Congregación Mariana, o sea, una asociación de carácter mitad educativo, mitad religioso. En ella aprenden a presentarse, a trabajar en el teatro, se tiene amigos de buen viso y otras cosas. El director es un sacerdote.

-¡Ah!, ya; ahora recuerdo. En mis tiempos de Instituto había algo semejante. ¿Y ahí quiere entrar Otto? ¿Cómo se le ha ocurrido eso?

-Sabes, papá, pues como Heini anda en ello, Otto quiere también. Yo creo que se lo podías permitir; ya está en tercer año y se le debía dejar ir a alguna parte. Y además de esto, fo mejor es que esté con Heini. Al menos puedes estar tranquilo que no cae en mala compañía.

Papá se quedó pensando.

-Por mi parte, si Heini anda en ello, no tengo dificultad. Aunque a la verdad, no soy muy amigo de esas congregaciones clericales. Me crían unos chicos muy beatos, si bien eso desaparece cuando son mayores y más razonables.

Después seguimos todavía un rato sentados. Tenía que contarle mis vacaciones de Navidad. A las ocho menos veinticinco me levanté y le dije:

-Papá, me voy al "cine". Ya he dormido al mediodía para estar después más fresco.

- ¿A qué "cine"? ¿Qué película se proyecta?-preguntó papá.

- Al Cine Central. "La expedición al Himalaya". -Bueno-----dijo él-; no necesitas la llave, pues me voy a acostar hoy tarde.

-Entonces, hasta luego, papá.

-Adiós, que te diviertas.

--Gracias.

Subí al cuarto de los chicos. Otto me esperaba nervioso de expectación.

- ¿Ha dado el permiso?

-Sí-le dije.

Salió de sí de pura alegría, cogió a Heini por el brazo y le dió un empellón. Después se vino hacia mí y me dijo:...

-Gracias, Fritzl-. Me miró candorosamente a los ojos y me preguntó indeciso:

-¿Vendrás tú también con nosotros a la asociación de jóvenes?

Yo hice como si no hubiera oído, di media vuelta rápida-mente y cogí el abrigo.

-Hasta luego; me voy al "cine".

Otto me abrió la puerta, como lo hubiera hecho un criado, y me hizo una profunda inclinación. Me metí la mano en el bolsillo del pantalón y le alargué, sin decirle nada, una moneda de 10 céntimos. Nos echamos los tres a reír y con esto salí a la calle.

De repente se me heló la risa. Apreté los dientes de rabia. Era ya demasiado tarde. Había dicho a papá una mentira. Abajo estaba el "auto" que había de llevarme al Cine Cosmo.

Sobre la pantalla apareció una de las películas más inmorales que se habían visto en Viena desde hacía muchos años. Y quería ser yo puro y noble.., por mis propias fuerzas...

Pasaron unas semanas. Poco a poco logré tranquilizarme. La cuestión de mi enmienda la dejé para más tarde. Ahora, hacia fin de semestre, había tanto que hacer en las clases, que no me sobraba tiempo para pensar en mí mismo. Vencer mis pasiones me parecía, por lo pronto, simplemente imposible. Me disculpaba con mis esfuerzos extraordinarios en el estudio. Sólo de cuando en cuando se levantaban en mi conciencia como llamas de un fuego abrasador. ¿Qué me aprovechaba mi libertad religiosa, siendo, como era, esclavo de mis pasiones? Hubiera lanzado alaridos de rabia y de vergüenza. ¿No era Heini, en medio de todas sus trabas de religión, mucho, mu-chísimo más libre que yo? Frecuentemente apretaba yo mis puños y me hacía un juramento serio y santo de comenzar de una vez a trabajar de veras por mis ideales. Pero estas resoluciones no resistían mucho tiempo frente a mi ligereza.

Heini y yo teníamos mucho trabajo aquellas semanas. Lo que Heini emprendía lo hacía a conciencia. Por tanto, también lo de la congregación. Siempre me daba él cuenta de cómo iba el negocio. En primer lugar, se había entendido con un Jesuita de la Residencia de S. Canisio, a quien conocía de Innsbruck. Este se mostró dispuesto a dirigir el grupo. Sólo había que contar con la aprobación del Profesor de Religión del Instituto.

Así, se fué Heini al Dr. Schlitzer y le representó cuán conveniente sería tener en el Instituto una Congregación de Jóvenes. Los muchachos, especialmente los de las clases infe-riores, serían bien influenciados y se les podría ganar. En la clase de Religión habría más" entusiasmo y mejores notas. Los contrarios no se mostrarían ya tan libres en sus intrigas.

El Dr. Schlitzer le dio la razón; pero tenía sus dificultades. Reunir a los muchachos no era cosa fácil, y él, por su parte, tenía poco tiempo para dirigirlos.

Heini se ofreció al momento a formar un grupo de todas las clases. Como Director le propuso a aquel P. Jesuita. Con tanta viveza expuso sus razones al bondadoso, pero irresoluto Profesor, que éste accedió al fin, aun satisfecho.

Todo estaba, pues, en orden. Otto había desplegado, mientras tanto, una gran actividad reclutando gente. El chico pro-cedía con prudencia y astucia. No recibía a ninguno si no le constaba que fuera fiel católico. Con frecuencia hacía los sábados algunas salidas para enterarse si éste o aquél iba realmente a misa. Además hacía prometer a cada uno bajo palabra de honor que había de guardar absoluto silencio hasta que todo estuviera en marcha.

Para Heini resultaba la cosa más difícil; pero hacia fin de Enero tenía él también reunidos más de veinte de la cuarta a la octava clase. El Jesuita, P. Bohle, consiguió un centro para la Congregación, y además, capilla, salón y biblioteca. Con esto estaba ya todo listo.

El 2 de Febrero se reunieron los miembros por vez primera. Se fijaron los días de junta y se consultaron las condiciones para la admisión. Se designó a Heini como ayudante de las tres clases inferiores. Después habló el Padre sobre la esencia y deberes de las Congregaciones Marianas. Para terminar se tuvo bendición en la capilla, en la que ofició el Dr. Schlitzer.

Ya se tenía realmente fundada la Congregación. Ahora había que comenzar el penoso trabajo de pormenores para mentar bien la nueva obra y construir. Al día siguiente se qui-taron las trabas al silencio. Una comisión, dirigida por Heini, participó públicamente al Director, por encargo del Dr. Schlitzer, la nueva fundación. El Director acogió la propuesta y apuntó a la Congregación Mariana en el catálogo de las organizaciones que radicaban en el Instituto.

Los días siguientes corrió de pronto por las clases la noticia de que los Negros se habían unido, formando un grupo, y que el jefe era Moll, de 6.° Esto produjo su efecto. En un momento se acabó aquella paz disimulada. La UPAI reunió consejo de guerra. Sus miembros andaban terriblemente disgustados. Públicamente no podía emprender nada. ¡Pero qué fácil hubiera sido por medio de una contra-propaganda o por amenazas atrapar una patrulla de gente! Era ya demasiado tarde.

Rutmeier se revolvía materialmente de rabia. Hablaba de una provocación, echaba venablos contra Heini, poniéndole de perro cobarde, y al fin se dirigió a él en medio de la clase para plantársele. Heini se levantó tranquilamente de su asiento y se quedó de pie junto al banco. En un abrir y cerrar de ojos cercó a los dos un corro de curiosos.

- Oh, tú, gran héroe-dijo Rutmeier sarcásticamente-; te damos todos la enhorabuena por esa cofradía de beatas que tan lindamente has sabido espulgar a ocultas. ¡Verdadera hazaña de valor!

- Muchas gracias-dijo Heini-. ¿Qué más?

-Pues que eres un perro cobarde. Villanear a espaldas de la clase...

En esto montó Heini en cólera.

-Lo de "perro cobarde" te lo devuelvo.

-¡Ah, sí! ahora se siente más valiente. Pues otra vez

te lo digo: que eres un perro cobarde.

Heini, dirigiéndose a toda la clase, preguntó con toda calma:

--¿Quién me obliga a mí a dar cuenta a vosotros? Quien crea que con esto he ofendido el honor de la clase, que levante la mano.

Un momento silencio sepulcral. En esto, cuatro o cinco de la clase levantaron tímidamente la mano; pero al momento la volvieron a bajar.

-Para que veas-dijo Heini a Rutmeier-, la clase es la que tiene que decir, no tú. Te aconsejo que te tranquilices y que vayas por tus caminos.

Rutmeier echó una rabiosa mirada alrededor. Su cólera le hizo perder la serenidad.

-Sí, perro cobarde-volvió a murmurar-¡bah!, y escupió al suelo, delante de Heini.

Un momento estuvo la cara de Heini roja como el fuego. Ya se agitaban sus manos; pero se dominó y al momento siguiente estaba ya calmado.

-Gracias-le dijo reconocido-, me estás sirviendo de propaganda.

Bravo, Mol1-gritó uno de ellos. Rutmeier no dijo ni media palabra más y se retiró. Terminada la clase le echó su gente muchos reproches por su proceder.

Poco a poco llegó a conocimiento de todos que un Padre extraño era el Director de la Congregación. La UPAI la emprendió de nuevo. Una comisión formada por algunos de los cursos superiores del Instituto se dirigió al Profesor de Religión y le expuso indignada que el honor del establecimiento estaba ofendido, pues en lugar de haber confiado el cargo de honor al propio Profesor de Religión, se habían dirigido los miembros de la Congregación a un sacerdote extraño, que no tenía que ver nada con el Instituto. Expresaron al Dr. Schlitzer su sincero sentimiento por la grave injuria que había recibido su persona con tal proceder y esperaban que por el bien del establecimiento no toleraría semejantes condiciones.

El Dr. Schlitzer no tenía la menor idea de lo que propiamente pretendían. Le sorprendió mucho la atención a su persona y les dio por ello muy conmovido las más expresivas gracias.

-Para satisfacción mía-les dijo-os puedo participar que ya estaba yo en antecedentes de ello. Yo mismo he rogado al Padre que dirija la cosa; porque, como sabéis, tengo mucho trabajo, del que no puedo dispensarme. Yo mismo he asistido a la primera reunión, que por- cierto resultó muy bien. No me podía figurar que entraran tantos del Instituto. Así que, como digo, muchas gracias por vuestra atención. Realmente me satisface altamente el ver que hayáis tenido tan amable consideración con vuestro antiguo Profesor.

La comisión tuvo que retirarse con las orejas gachas. Y... lo dicho: la Congregación Mariana siguió en pie.

En la segunda semana de Febrero vino Berner un día a mi casa. Inmediatamente comenzó con lo de Heini.

-Nuestro gozo en un pozo. Ahora no voy a poder llevar a cabo lo del Círculo, estando la gente como perros y gatos. Por lo demás, es cosa cierta que Moll no llegará a entrar; que harto tiene que hacer con su Congregación.

-¿Y qué piensas hacer ahora?-le pregunté.

El se quedó un rato pensativo, y levantando la cabeza con aire de impaciencia, contestó:

-A mí se me está atragantando ya este juego al esconder. La primera ocasión que se presente la aprovecho. Los demás me lo echan a perder todo. Pero, acuérdate, una vez que le tenga cogido, no se me volverá a escapar. O él o yo. El todo por el todo.

Yo me lo quedé mirando. Se mordía los labios. Hice una débil tentativa.

-¿Qué te va a ti con él? Déjale en paz. El tampoco se preocupa de ti.

Berner sonreía con suave ironía.

-Eres un hombre a medias, como todos los otros. Con vosotros es juego de niños; pero con ese Moll... ahí es nada. Por eso, ¿entiendes?, por eso. A los otros los tengo ya embaucados. Pero el día que tenga a Moll en mis redes, me voy a reír de lo pasado.

A principios de Febrero explicaba nuestro Profesor de Historia, Dr. Walker, la cuestión de la Reforma. Con los más negros colores nos pintó la situación de la Iglesia y del Clero. Lutero era para él gran héroe y el libertador que sacudió el esclavizante yugo de la Iglesia Romana y restableció la dignidad del hombre a su antigua grandeza.

La semana anterior a la última Junta de Profesores preguntó el Profesor sobre la materia y le tocó también a Heini. Apenas había dicho éste algunas frases, ya estábamos todos atentos. Habló de las causas e importancia de la Reforma con tal seguridad y conocimiento de todos los datos históricos, que no pudimos menos de quedar admirados. Pero el tenor de su exposición era completamente distinto del de la del Profesor. Varias veces afirmó lo contrario de lo que el doctor Walker había dicho en su Conferencia, y lo demostró con citas precisas.

La cara del Profesor mudaba de colores por momentos. Al fin estalló.

-Basta, esto es un descaro. ¡Venirme a mí con esas! Usted tiene que aprender lo que se explica en la clase, ¿estamos?-, y volviéndose, se fue a la cátedra en busca de su libro de notas.

Heini, que tenía su puesto junto al mío, se inclinó un momento hacia mí y me dijo el oído:

-Toma nota taquigráficamente.

Yo cogí el lápiz y me dispuse a comenzar. Ahora se podía desarrollar una linda escena. El Profesor se volvió de nuevo, se le quedó mirando como una víbora y le dijo todo excitado: -La respuesta a este descaro la encontrará usted en el certificado trimestral.

Yo tomaba nota taquigráfica.

-Señor Profesor (Heini hablaba despacio para darme tiempo), yo no estoy obligado a participar de sus opiniones. Lo que usted ha explicado, aprendido lo tengo. Pero además he estudiado por mi cuenta y roe he formado otra opinión. Usted no tiene derecho a darme por eso una mala nota.

El Dr. Walker se puso rojo como el fuego.

-Esto es el colmo. ¡Prescribirme a mí lo que yo tengo que hacer! Pues por esta nueva inaudita desvergüenza, te voy a apuntar en el libro negro.

-Señor Profesor-dijo Heini con toda calma-, protesto. Yo no he sido descarado.

Mientras tanto, había abierto el Dr. Walker la carpeta y escribió, temblando de cólera, el nombre de Heini en el libro negro. Hecho esto, se levantó y le gritó desde arriba con voz desentonada:

-¡Siéntese, mequetrefe! ¿Ha aprendido usted de los curas a portarse de esa manera? ¿Cree usted que yo le tengo a usted miedo? Lo más que saca usted en Historia es un "aprobado".

Aquí, se lo digo delante de toda la clase. Heini se quedó de pie.

-Protesto contra eso, señor Profesor.

-Proteste usted, proteste usted-exclamó el Dr. Walker, revolviéndose de coraje-. Ahí está la puerta; vaya, si quiere, a la Dirección.

Heini cogió con la izquierda las notas taquigráficas, y hecho esto, se salió tranquilamente del banco y se fue. Nadie había esperado aquello. El Profesor se quedó hecho una pieza. Con la vista aturrullada siguió los pasos de Heini. No sabía a punto fijo qué hacer. Se notó cómo en un momento se le atragantó la Historia. Durante unos momentos se quedó mirando fijamente a la cátedra, hojeando con nerviosidad el libro, hasta que al fin dio con el pasaje en que habíamos quedado en la última explicación.

Hacia el fin de la clase entró de nuevo Heini y se sentó en su puesto, como si hada hubiera pasado. Apenas sonó la campana, abandonó el Profesor la clase más de prisa que de ordinario. Se podía percibir la respiración de toda la clase. El caso había producido general excitación.

En un momento rodearon todos a Heini. -¿Qué tal con el Director?

-Nada. No he hecho más que entregarle lo taquigrafiado.

Por ahí se podrá él mismo formar una idea.

-Lo taquigrafiado-exclamaron todos espantados. Heini señaló hacia mí.

-Lo he escrito todo con precisión-dije yo.

---1Ah, caramba! Caro le va a costar a Walker.

Rutmeier me dio un porrazo en el brazo.

-¿Y tú por qué lo has escrito?

-El me lo pidió.

-¿Quién, el mismo Moll?

-Sí.

-¡ Maldito sea !-carraspeó él-que no haya quien pueda con ese tipo.

Todos estábamos con el alma en un hilo por ver el sesgo que tomaba la cosa. En el recreo me llamaron a la Secretaría. Allí estaba el doctor Walker junto al Director, rojo como un pavo.

-¿Es de usted ese taquígrafa?-me preguntó el Director. -Si, señor.

-¿Qué le ha movido a usted a hacerlo?

-Molí me pidió que lo escribiera mientras el Profesor iba por el libro de notas.

-¿Lo ha escrito usted todo exactamente?

-Sí, señor Director. Sólo la última frase no la pude terminar. Yo creo que era: vaya usted al Sr. Director, o cosa por el estilo.

El Director se levantó de su sitio.

-Egger, ¿me puede dar usted palabra de honor que ha escrito exactamente lo que ha oído? -Sí, señor-. Y le di la mano.

En un abrir y cerrar de ojos pude ver cómo el Dr. Walker se mordía los labios. Estaba aún más rojo que antes.

Desde aquel día no volvimos a oír una palabra sobre el asunto. Tres días más tarde me refirió Heini cómo fue examinado por la tarde en la Secretaría por el Profesor de Historia en presencia del Director. El examen duró media hora.

Por fin llegó el día en que todos recibíamos, las califica-

ciones semestrales. Apenas le dieron a Heini las suyas, se apelotonó toda la clase alrededor. Yo estaba junto a él y me fijé en el momento en que él abría el certificado. -Historia. Muy bien".

Pero la sorpresa mayor tuvo lugar después de las vacaciones de semestre. Al comenzar la primera clase de Historia se presentó el Director y nos comunicó que el Dr. Walker había sido trasladado por propio deseo a otro Instituto. Ahora teníamos uno nuevo, al Dr. Gapp, joven y excelente profesor. Con él era cada clase una verdadera delicia. Jamás se habló ya de una mofa a la Iglesia o a la fe.

Después de esta primera clase de Historia del segundo semestre, bajamos al patio muy excitados con la sorpresa. Berner me llamó aparte.

-Oye, ahora es una preciosa ocasión. Ahora voy a comenzar con Moll; pero me tienes que ser en extremo prudente. Que no se te escape la menor palabra. ¿Entendido?

-Sí-le dije con repugnancia.

-Palabra de honor-dijo alargándome la mano. Yo me puse colorado.

-Yo no puedo tornar parte-dije con voz temblona. -Ni falta que hace; pero chitón.

Todo abrazado de vergüenza, dije al fin que sí. Y Berner satisfecho:

- Ahora es la ocasión. Ven conmigo-. Y nos fuimos atravesando el patio hacia Heini.

-Dispensa, Mol!. No voy a alabarte. Podernos dejar esa¿ simplezas; pero, francamente, no he visto cosa igual. Mi enhorabuena.

- Gracias-repuso Heini-, pero no ha sido cosa de particular. Yo no he sido el causante de que se haya marchado el Dr. Walker. Nadie lo deseaba.

-1Ah!, claro-dijo Berner-; pero él ha tenido, gracias a Dios, tanto sentido común, que se ha marchado espontáneamente. Aquí se le hacía ya imposible. Pero dispensa la pregunta: to que quisiera propiamente saber es de dónde has tomado eso de la Reforma. Me interesaría mucho saberlo.

-Si quieres, te puedo dejar el libro-dijo Heini-. "LU-TERO" en un tomo, por Grisar. Allí te lo encontrarás todo muy bien.

Berner simuló mucha satisfacción.

-Gracias, si eres tan amable. Entonces me voy contigo después de la clase en busca del libro, y después tomo el tranvía hasta mi casa. Eso será lo más sencillo.

Al mediodía, cuando íbamos hacia mi casa, enfocó Berner la conversación al tópico Tirol: montañas, trajes, sport, etcétera. Heini hablaba con la mayor despreocupación y se fue poco a poco entusiasmando. Al llegar delante de casa dijo Berner:

-¡Qué lástima que ya hayamos llegado! Me pasaría horas enteras oyendo hablar de estas cosas. En Julio vamos la familia al Tirol a veranear. Para entonces estaría yo así informado.

-Ya nos tendremos que ver todos los días-respondió Heini-. Ya te iré contando otras muchas cosas.

-Magnífico-exclamó Berner satisfecho-. Oye, esa di-visión de partidos en nuestra clase es una verdadera imbecilidad. Nos pudiéramos ayudar los unos a los otros si anduviéramos más en armonía.

-Tienes razón-aprobó Heini-. Ya he pensado yo también en lo mismo.

Ya nos encontrábamos delante de casa. Berner quiso esperarme allá fuera; pero mi madre y yo le instamos a que entrara.

Entró, pues, con nosotros al cuarto de los chicos. Heini le empaquetó el tomo de "LUTERO". Berner le dio las gracias cortés y efusivamente, nos dio la mano a los dos y se fue. Yo le acompañé hasta la escalera. Cuando volví estaba Heini des-alojando la carrera de los libros.

-Oye, Fritzl, ese Berner es un muchacho más simpático de lo que yo me había figurado.

Ya no afirmé ni negué.

-Así parece-dije volviéndome a un lado, pues me puse colorado.

Desde aquella ocasión andaba Berner más a menudo con Heini. Hasta se llegó a leer el "LUTERO", para poder hablar con él de ello. Dos semanas antes de las vacaciones de Semana Santa nos invitó a Heini y a mí a que le visitáramos, pues su madre estaba también deseosa de conocer a Heini.

A éste no le acababa de entusiasmar la tal invitación. La actitud importunamente amistosa de Berner tampoco acababa de gustarle, aunque no tenía razón para rechazarla. Y así fuimos.

La señora Berner habló un ralo en animada conversación con Heini y conmigo, mandó traer una merienda, como de costumbre, y nos dejó a los tres allí solos. Unos minutos des-pués se abrió la puerta y entró Helma. Berner se levantó.

-Mi hermana-dijo, dirigiéndose a Heini-. Andaba deseosa de conocerte porque le he hablado de ti.

Heini se levantó y le dio la mano.

-¿Me permiten quedarme aquí con ustedes?-dijo, mirándonos a los tres un poco picaronamente. Berner se dirigió a nosotros:

-Si os parece bien...

Nosotros estábamos de acuerdo, por supuesto. Helma se sentó con nosotros y se puso a hablar con su natural viveza y espontaneidad. Una vez que se dirigió a Heini con un "usted", le corrigió Berner:

-Hablaos de tú; eso se cae de su peso. No faltaba más. Yo le conté lo de las fotos del Dr. Defner que Heini tenía. Entonces suplicó Helma:

-¿Podría yo ver alguna vez ese álbum? Tendría un gusto enorme.

-Con mucho gusto-dijo Heini-. Yo te lo mandaré mañana con Kurt.

La criada nos trajo la merienda. Todo lo que nos trajo eran cosas exquisitas. Comimos, bebimos y nos pasamos un rato delicioso. Helma contribuyó más que nadie a hacernos grata la visita. Seguía siendo la misma simpática y alegre muchacha que antes de las vacaciones de Navidad.

Cuando dos horas más tarde volvíamos a casa, me dijo Heini de repente:

-La Helma me gusta más que su hermano.

-¿Cómo así?-le pregunté yo.

-Yo no sé; pero así lo siento. Habla con espontaneidad y franqueza, mientras que su hermano lo hace tan a lo pavo... ¿No lo has notado?

Al día siguiente se llevó Heini el álbum a la clase y se

lo entregó a Berner. El tomo era demasiado grande para la cartera de los libros.

Mira--dijo Berner-; Helma tiene una cartera más grande. Se lo podríamos pasar y ella se lo podría llevar a casa; pero sus clases se terminan a las 11, así que el recreo es demasiado corto.

-Aguarda-le aconsejé yo-; mi hermano termina las clases a las 11. El se lo puede entregar.

Dimos, pues, a Otto el álbum en el recreo y se dispuso a llevárselo a Helma.

El mismo día, por la tarde, en la clase de inglés se me acercó Berner radiante de alegría.

-Ya le tengo cogido-decía frotándose las manos.

Me quedé desconcertado.

-Pues ¿qué ha pasado?-me apresuré a preguntarle.

- Helma está completamente chiflada por él. Como él llegue a cobrarle afición, no hay quien lo separe de ella. La cosa marcha estupendamente. Figúrate: apenas llego a mi casa al mediodía, se me pone a hablar de él sin parar, toda entusiasmada, y' comienza a hablarme de los hermanos Heini, de vuestras vacaciones de Navidad, de las carreras de esquíes, etcétera, etcétera; está terriblemente enamorada del dulce Heini.

Yo no salía de mi asombro.

- ¿Y cómo ha llegado a enterarse de todo eso?

- Tu hermano Otto le ha acompañado a casa y le ha contado todo al detalle: las vacaciones de Navidad y todas vuestras peripecias. La chica está, naturalmente, rechiflada por Moll y no cejará.

Yo me remordía de coraje. Si hubiera estado allí Otto, se hubiera llevado un par de bofetadas. ¡Jugarle la partida a ese canalla! Pero seguramente no se imaginaba Otto...

Heini no parecía tampoco darse cuenta de que Helma quería. Esa se le hacía frecuentemente la encontradiza en la calle y trababa con él conversación sobre Fulpmes, carreras de esquíes, excursiones y otras cosas parecidas. Alguna que otra vez le acompañaba ella desde el Instituto hasta casa.

En nuestra clase comenzaron ya algunos de la UPAI a hacer bromas de que el archi-negro y Hermano Mayor de los beatones se había echado también una novia. Esto se lo conté yo una tarde a Heini.

- ¿Crees tú realmente que la Helma ande rondándome?

-No lo creo-le respondí-. Es verdad que se interesa por tus postales y por las cosas del Tirol; pero no por eso se puede hablar ya de amores. Para eso se requieren siempre dos, corno para el fuego: uno que prenda y otro que arda.

Heini se echó a reír; pero yo noté al puntal que aquella risa ocultaba su turbación.

-Tienes razón-dijo pensativo-; la cosa no es en sí mala, que se diga. Por lo demás, es una simpática muchacha. Mientras le contaba lo de las vacaciones de Navidad se le han saltado las lágrimas. Y no era hipocresía, que eso se nota al momento.

Yo me quedé frío. Era el mismo Heini quien le había hablado de las fiestas de Navidad.

Se le veía andar con ella más de lo necesario. Todo andaba en orden a fin de cuentas. Helma, bien lo sabía yo, era una muchacha íntegra; pero tampoco dejaba yo de ver cómo iba cayendo poco a poco, en los lazos de Berner. Y tenía que callarme, pues tenía dada palabra de honor al traidor.

Aquella noche no pude dormirme sino después de mucho tiempo. ¡Vaya por Dios! Como Heini se enamore de Helma, está perdido.

En las vacaciones de Semana Santa fuimos Heini y yo a Neubruck a casa de un tío mío, hermano de mi madre. Con él pasamos unos días muy agradables. A la verdad, no había muchos montes que ver por aquella región; al menos para Heini, como si no los hubiera, pues los Leitha no valían nada; en su opinión no eran más que unas colinillas. -

Mi tío tenía siete hijos. Toda la familia, al contrario de la nuestra, era muy católica. Allí se encontraba Heini de nuevo como en su casa. Yo le observaba y notaba qué gusto era para él poder rezar todos los días las oraciones de la mesa. El iba todos los días a misa. Con mucha frecuencia hacíamos excursiones a los alrededores o íbamos con los chicos y las chicas a visitar la faniilia.cle un médico, amigo, que a su vez tenía varios hijos. Qué retahíla tan divertida y animada de voces y de nombres: Edith, Antschi, Richard, Mimi, Alfred, María Luisa...

No estábamos acostumbrados a aquella vida y ajetreo en tan grande compañía. Tanto más, nos gustaba a les dos. Los días de vacaciones pasaron en un vuelo. Con el corazón apesadumbrado nos dispusimos a la despedida. El miércoles por la tarde debíamos volvernos a Viena.

El martes al mediodía trajo el cartero una postal para Heini, precisamente estando él fuera con los hijos del Doctor Balizar. Yo fuí a llevársela; pero por el camino no pude contener la curiosidad y la leí.

"Querido Moll: Te agradezco muy de corazón tu amable postal. Recibe tú también mis felicitaciones por Pascuas. No puedes figurarte cuánto deseo tengo que vuelvas a Viena. No puedo dejar de pensar en ti. Tú también pensarás mucho en mí. ¿No? Hasta la vista.

Tu fiel amigo, H."

¿H? ¿Y quién podría ser ése? Una ligera sospecha se despertó allá en mi corazón.

En el jardín me encontré a Heini, que en aquel momento cantaba al laúd una antigua canción popular del Tirol. Así que terminó le di la postal. El la leyó y se puso colorado.

Hola! ¿Una cartita de amores?-exclamó mi primo Ricardo. Toda la reunión se echó a reír y miró a Heini. El se guardó la tarjeta y se nos quedó mirando muy satisfecho.

-¿Qué tal cara tiene ella?-preguntó Alfredo.

Heini hizo como si siguiera la broma y echó una mirada escudriñadora a todo el ruedo. Sin embargo, yo noté que estaba un poco excitado. Al fin señaló a María Luisa y dijo:

-No exactamente como ésta; pero sí se le parece bastante. Risueños, levantamos la reunión, y noté en un pronto que la María Luisa se parecía bastante a Helma.

**CAPÍTULO VI: Al borde del abismo**

A principios de Mayo tuvo lugar en la Congregación la primera fiesta de las promesas. La delicada planta de la nueva fundación se había desarrollado magníficamente. Sesenta y dos de nuestro Instituto eran ya miembros de la Asociación; 38 de las clases inferiores; 24 de los mayores. A Otto lo eligieron jefe de los menores. Yo fui a la fiesta con él y con Heini. Aquella tarde vi con admiración y asombro qué obra tan her-mosa crecía aquí en el silencio. En aquellos niños, que con ojos puros y corazones alegres se agrupaban junto a la bandera de la pureza, difícilmente hubiera reconocido yo a los de nuestro Instituto. Santa y divina fortaleza, chispeante regocijo, fiel compañerismo, brillaban como soles de oro sobre aquel pequeño escuadrón.

Lo que me hizo más profunda impresión fue el uniforme de los pequeños. La voluntad santa s vigorosa que a todos animaba resplandecía de manera encantadora en cada uno de ellos y los estrechaba con poderosa fuerza en perfecta unidad. Sólo el aspecto exterior obraba como un hálito refrigerante. Aquellos 38 niños, con pantaloncitos largos de azul oscuro, con blusitas de blanco mate y con la insignia de la Congregación Mariana en la corbata azul, y sus cabecitas destocadas... ¡qué cuadro tan hermoso!

Los mayores no llevaban uniforme, y aun esto me parecía muy en punto. No tenían necesidad de significar exteriormente su unión. Lo que a ellos unía debía ser la voluntad madura, acendrada y robustecida en las duras luchas del alma.

Cuando con sencilla fórmula pronunciaban sus promesas junto al altar, de permanecer fieles a la fe católica, y de ser campeones del reino de Cristo bajo la protección de la Inmaculada, nos embargaba a todos la conciencia de una hora importante, decisiva para cada uno de los que hacían su promesa.

Se me venía al pensamiento Berner y la UPAI. Si se dieran cuenta de que en aquella hora se levantaba contra ellos una fuerza poderosa y vencedora, a la que ellos no podrían resistir...

Ya se acercaba al altar Otto, el primero de los pequeños. Sus mejillas encendidas. Con su traje irreprochable, con sus pantalones largos, parecía todavía más alto. Con voz clara y firme pronunció su promesa. Y al tomar luego en sus manos la bandera para jurarla, vi brillar sus ojos puros radiantes de entusiasmo. "Esta es la bandera que he elegido. No la abandonaré, pues lo he jurado a Dios."

¡Si hubiera barruntado Heini qué horas tan terribles tuve que pasar la semana siguiente! Y todo por él. Yo veía cómo luchaba por causa de Helma. Alegre y atrayente, como una ninfa, había logrado la muchacha apoderarse de su ser. Con la dorada llave del amor tocaba a la portezuela de su corazón tan mágicamente, que éste se agitaba poderosamente. Y cuando Heini llegó a darse cuenta, en un momento, ya estaba la en-cantadora intrusa, sonriente, dentro de la fortaleza. Entonces sintió por vez primera la dulce fuerza del amor y se dejó vencer. Y aquella llamita creció, creció hasta convertirse en fuego devorador.

Heini se me cerró de repente. Ya no volvió a hablar de Helma. Tampoco se le volvió a ver públicamente ir con ella de la escuela a casa. Paraba muy triunfante y animado. En su conducta se notaba un no sé qué de nerviosidad que no podía ocultar.

A mediados de Mayo me notificó una tarde, de repente, que quería ir al Cine Central.

-¿Qué película se proyecta?-le pregunté.

-Una película de guerra: "La Compañía 14", o algo así. Nada especial; pero yo quisiera ir alguna vez al cine. -¿Quieres que te acompañe?-le pregunté.

-No, no-se apresuró- a contestarme-; aún tienes mu-cho trabajo para mañana. Y además que preferiría ir solo.

-Bueno-le dije. Allá en mis adentros se levantó de re-pente una terrible sospecha. ¿Sería toda la conducta de Helma una maniobra de su hermano? ¿Qué es lo que Heini traería hoy entre manos? Yo no podía sosegar más.

Apenas salió Heini, cogí mi sombrero y me fui detrás de de él. Me quedé arriba en la escalera mirando hacia abajo. Así que él abandonó los últimos escalones, me apresuré a bajar a grandes zancadas. Salí a la puerta de casa y me mezclé al momento con los transeúntes. Iba mirando a todos lados. En esto veo que Heini tuerce por la calle de la Bolsa. Me echo el sombrero a la cara y comienzo a darme prisa, siguiéndole la pista a unos metros de distancia. En la desembocadura de la calle se quedó parado y comenzó a mirar a todos la-dos con gran atención. De pronto hizo una señal a la izquierda y se marchó de allí a toda prisa. Yo comencé a correr calle arriba, mirando con cautela por las esquinas. Veinte pasos delante de mí vi el auto del Director del Banco, Dr. Berner, junto a la acera. En aquel momento subió Heini. Al punto retrocedí. Mi corazón palpitaba con violentos latidos. A pocos pasos de mí había un "taxi". Me voy hacia él y le digo al chofer: "Condúzcame siguiendo a aquel "auto" que está allá a la izquierda y que en este momento va a torcer".

El chofer subió al "auto". Unos momentos después torcíamos la esquina. Paramos un momento y en esto pasó a dos metros de nosotros el "auto" de Berner. "Ese es", le dije al chofer. Este movió la cabeza y sin decir más, giró. Los dos "autos" corrían a toda mecha a corta distancia el uno del otro a lo largo de la avenida Ring.

Marchábamos, pues, dando un gran rodeo, Ring arriba, atravesando el barrio de María Auxiliadora y Gürtels, hasta la nueva barriada. Mi chofer estaba ya ejercitado en tales carreras. Se le notaba. En los trechos despejados se mantenía a buena distancia; en los grandes cruces se acercaba de nuevo al otro "auto- y le seguía casi a dos metros de distancia por entre el apretado tráfico. Yo no me daba cuenta del gran trecho que habíamos dejado ya atrás. Sólo seguía con mis ojos fijos en el coche de delante, donde sabía que iba Heini. Por eso quedé muy sorprendido cuando de pronto pararon ambos "autos" junto a la acera. ¿Dónde nos encontrábamos? Me asomé por la ven-lanilla. Sobre un amplio vestíbulo alumbrado con profusión de luces, resplandecían lucientes anuncios: Cine Central.

Durante la marcha había apagado yo la luz del "auto". Así pude observarlo todo con gran tranquilidad. El chofer del Dr. Berner bajó de su "auto" y abrió la portezuela. Helma bajó sonriente. Después bajó Heini. Ambos quedaron un momento hablando con el chofer, el cual, según observé, hizo una señal de afirmación y se quedó mirando al reloj. Después desaparecieron ellos dos vestíbulo adentro hacia la taquilla del Cine. El chofer cerró la portezuela del "auto" y pocos segundos después se deslizó éste de allí.

Mi chofer se me volvió, como para preguntarme. Yo le hice una señal para que no arrancara; bajé y le pagué.

El que Heini hubiera ido realmente al Cine Central me dejaba en cierto modo tranquilo; al menos no me había engañado. Eché un vistazo al cártel de las películas: "1 7 de mayo: Una noche de invierno en el mar de los hielos del Norte".-"Magníficas escenas de la naturaleza".-"La 14 Compañía".-"Un ataque nocturno en la mayor de las guerras".--Cuadros conmovedores de grandezas humanas y abandono en la muerte".

"Tengo una costumbre", sainete. Protagonista, Charlie Chaplin". ¿Debería yo entrar? Muy atrevido me parecía. Heini y Helma me verían. Me fui, pues, despacio a la calle Wáhringer y cogí el primer tranvía, 'hasta casa. A la media hora me encontraba de nuevo en mi cuarto y me puse a estudiar. Los libros estaban todavía abiertos sobre mi mesa.

-Acabáramos-dijo Otto al momento-y ahora me vendrás a tararear por tercera vez la marcha de Radetzky, me tocarás una marcha de tambores en la mesa y te quedarás papando viento. ¿A eso llamas tú estudiar, señorito?

--Déjame en paz, que no estoy yo ahora con humor para estudiar.

Orto se acercó a mi mesa:

-¿Qué demonio se te ha atravesado en el hígado, Fritzl?

Y tímidamente añadió:

-¿Acaso Heini?

Me le quedé mirando todo sorprendido.

-¿Cómo se te ha ocurrido eso?

-Pues porque últimamente anda un poco raro. ¿No lo has notado? Ya no se le ve tan alegre. La noche pasada hasta ha llorado, ¿sabes? Así como lo oyes. Imitaba magistralmente un ligero sollozar.

Con esto lo tenía ya todo averiguado. El pobre Heini luchaba por lo más grande que tenía. La blanca lucecita de las montañas agonizaba trémula bajo la fuerza de tormenta. Todavía ardía limpia y sin mancha; pero oscuras sombras envolvían amenazadoras la insignificante llamezuela y Heini se resistía en terrible lucha. Unos seis meses antes me hubiera alegrado. Ahora tenía mis temores por él. Si la luz de Heini se llegaba a extinguir, adiós mis esperanzas de conseguir el ideal. Me abandoné, pues, a la corriente y renuncié a todo esfuerzo por ser noble y puro.

Avisar a Heini no me era posible. Sin escrúpulo hubiera faltado a mi palabra de honor; pero de nada hubiera servido. Berner sabía demasiadas cosas de mí. Le estaba vendido sin remedio.

A la mañana siguiente estaba Heini aún más excitado y turbado que antes. En la clase andaba muy abstraído. Se ruborizaba con más frecuencia, y se mordía los labios. Una lucha difícil debía traer allá en su interior.

Por la tarde, al volver yo de una compra, me encontré con Berner delante de mi casa. Quería hablar conmigo.

- Oye--dijo todo muy excitado-. ¿Tienes tiempo? ¿Está ahí arriba Moll?

- Está en la ciudad-le respondí.

-Magnífico. ¿Puedo subir contigo?

-Vente-le dije. Y así entramos y atravesamos la casa hasta llegar al cuarto de los chicos, y nos sentamos a la mesa. Berner echó una pierna sobre la otra, cruzó los brazos, y mirándome con aire de triunfo, me dijo:

- ¿Te figuras lo que ha pasado?

Yo, ocultando mi asombro, me apresuré a preguntarle:

- ¿Qué es lo que ha pasado?

- Pues que el dulce Heini ha estado ayer tarde con Helma en el "cine". -¿De veras? Eso no tiene nada de particular.

-Pero al menos-decía Berner sonriente-, hemos con-seguido esto. Ahora es cuando voy a meter mano. Conque atención. Lo que debes hacer en resumidas cuentas, es instruir a la chica sobre lo que tiene que hacer. La estúpida avefría está como alelada y en Babia como un niño chico; pero esto se va a acabar. Nos tiene que enredar tan lindamente a Moll, que caiga en mis redes sin remedio; pero necesito uno que me ayude dijo mordiéndose los labios.

-¿Para qué?-le pregunté, y él se me quedó mirando fijamente.

-Para decírtelo brevemente: necesito uno que me adiestre a Helma. Yo mismo lo he intentado hoy; pero, figúrate, la chica se me volvió furiosa y me dijo que si no me callaba al punto, iría a contárselo todo a papá. ¿Qué deberé hacer? Como hermano suyo, no puedo, naturalmente, seguir adelante. Ahí tienes, esa es la cuestión. Ya tú comprendes. Y te garantizo que no te pasará nada. De una acusación no hay que hablar, tratándose de ti; eso lo hacen las muchachas sólo con sus hermanos. Conque, ¿estamos?

- No--le dije con toda decisión-. ¿Que haya yo de atraer a Helma a que meta a Moll en tus redes? ¿A tu propia hermana quieres tú meter en la danza? Eres un villano, Berner.

Este reía sarcásticamente.

-Cálmate, cálmate. No quiero que tengamos una escena.

Hace tiempo que vengo notando que no puede uno fiarse de ti. Déjalo. Ya instruirá Rutmeier a Helma. Tú no lo hubieras hecho tan brutalmente, ¿verdad? Pero me da lo mismo. Y una cosa te digo: sobre esto no hay que decir ni lo más mínimo, ¿entiendes? Porque estás en mis manos, y como llegues a decir una sola palabra, te voy a decir yo unas palabritas. Ya lo sabes, que te conste.

Yo no tenía qué contestar. Miraba el suelo y apretaba los puños con rabia impotente. Berner cogió sonriente el sombrero y la blusa.

-Vente, acompáñame ahí fuera, para que tus padres no noten que nos hemos entretenido.

Yo le acompañé por casa, y él se despidió de mis padres tan cortés y finamente como siempre. Fuera, en el corredor, me dio la mano diciéndome:

-Hasta la vista.

Yo rechiné los dientes, no le contesté una palabra, y, dando media vuelta, me separé. En esto, me cogió por el brazo y me dijo al oído:

- La cosa no va a salir tan sencillamente. Quisiera saber solamente si me vas a guardar el secreto. Como el negocio de Moll no salga bien, me iré a tus padres, y les contaré... Tengo pruebas a mano.

¡Dios mío, qué podría hacer yo! Estaba rojo como el fuego, me ahogaba y tragaba saliva.

- No diré una palabra-le prometí-; pero nosotros hemos terminado ya.

- Muy bien-dijo él con una ligera sonrisa-. Hasta la vista, Sr. Doctor.

Y, diciendo, se fue. Yo me dirigí desesperado a la habitación. Mamá estaba en el comedor. Como no quería encontrarme con ella, me fui por el dormitorio; pero allí estaba Otto a la mesa con su amigo. Al entrar yo me miraron los dos y se ruborizaron.

-¿Qué hacéis aquí?-les pregunté desconfiado.

-Es un secreto-dijo Otto impaciente.

Yo sonreí entre mohíno.

-Vuestros secretos no son más que niñerías.

Entonces atravesé la sala, me fui al cuarto de los chicos y me eché en la cama, ¿Qué podría hacer? ¿Traicionar? ¿Confiar el secreto a Heini? Con esto estaría todo salvado; pero en este caso vendría Berner a mi casa y contaría a mis padres todo lo que sabía de mí. ¡Dios mío! y mis padres no debían enterarse jamás... jamás. Ahora comprendía yo qué diabólicamente maniobraba el tipo de Berner. Tenía sus pruebas a mano; cartas, papeletas... Yo no tenía ninguna prueba contra él, y lo poco que sabía no me era posible demostrar. Si él lo negaba sencillamente, me había de ver en un aprieto. La noche siguiente fue la más horrible de mi vida. Me revolcaba en la cama impaciente. Me ardían las sienes. Mi vista tropezaba siempre con Heini. Sin darse cuenta se iba derecho a un espantoso abismo. Yo lo veía, y no le podía ayudar. Me retorcía bajo un tormento de ideas atropelladas, lloraba, rogaba, rabiaba contra Berner. Mucho después de media noche, logré, por fin, entrar en un dormitar intranquilo.

A la mañana siguiente me quedé en la cama. Me disculpé diciendo que tenía un fuerte dolor de cabeza, y no era mentira. Hasta el mediodía no me levanté. Entonces fui con Heini a la clase de Gimnasia. El se encontraba de nuevo hablador y de buen humor, como nunca, desde hacía mucho tiempo.

Sus ojos brillaban transparentes y candorosos; con todo, se notaba en todo su ser una interior excitación; y no era la nerviosidad y perplejidad de los últimos días, sino, antes bien, un no sé qué de gravedad y decisión.

En la mitad del camino, se me paró de pronto, y mirándome fijamente, me dice:

-Fritzl, sé todo lo que pasó ayer entre ti y Berner.

Me quedé pálido. Ante mis ojos comenzó la tierra a dar vueltas. El me quiso tranquilizar.

-Tranquilízate, Fritzl. Ya me figuro lo que has tenido que sufrir; pero déjalo. Ven y vamos a liquidar con Berner. Ahora me alegro de todo lo que ha pasado.

Seguimos andando.

-Heini, por Dios, dime. ¿De qué te has enterado?

El sacó una hoja del bolsillo. Otto y su amigo se habían escondido debajo de la cama antes de que vosotros llegarais. Sólo querían daros un susto; pero así que Berner comenzó a hablar de mí, se quedaron los dos allí quietos, y se enteraron de todo. Ya puedes figurarte la impresión que les haría. Otto lo escribió todo después. Ahí tienes la hoja.

Yo no dije palabra, tal era mi asombro y mi sorpresa. Heini me cogió por el brazo, y me dijo:

- Fritzl, te agradezco que hayas mandado a paseo a ese canalla. Comprendo perfectamente que hayas tenido que guardar secreto. No te avergüences. Mira, a mí tampoco me faltan motivos para ello. Lo del cine es verdad, ya lo sabes; pero esta hoja me ha abierto los ojos. Otto no dirá nada sobre el asunto, ni nosotros dos, por supuesto.

- Pero... ¿y Berner?-le pregunté yo, temblando de ex-citación.

Heini contrajo las cejas.

-Fritzl-se apresuró a decir-, ése no soltará la menor palabra. Puedes estar seguro. Y, acuérdate, de ése me encargo yo.

Terminada la hora de Gimnasia, cuando íbamos por el patio, se quedó Heini parado esperando a Berner.

-Buenos días, Heini-le dijo el traidor.

A mí no me atendió lo más mínimo.

-Ven conmigo-le dijo Heini a Berner secamente, y se dirigió escalera arriba hacia la clase de 3°.

Cuando subíamos detrás de Heini, me miraba Berner como preguntando y con gesto de amenaza. Yo no me conmoví lo más mínimo. Así que estuvimos los tres solos dentro de clase, cerró Heini la puerta y se fue hacia Berner.

-Ya sé con todos sus detalles todo lo que ayer tarde has estado tramando con Fritzl.

Berner quedó sorprendido. En aquel momento me echó una mirada fiera, y al punto dijo sonriente:

-Es posible; pero tengo motivos para creer que te han engañado. Por eso tendría gusto en saber qué es lo que te han contado de nuestra conversación.

-Ahorremos palabras-dijo Heini en tono mordaz. Yo observaba cómo estaba dominándose terriblemente.

-Lo primero que debo participarte es que Fritzl no me ha comunicado lo más mínimo; sino que, por casualidad, por pura casualidad, los han oído todo. Y, por fortuna, son dos los testigos. Ahí tienes una copia. Léela y te convencerás.

Berner le arrebató apresurado la hoja, y la leyó en un momento. En esto, echó una maldición y se puso pálido de rabia.

-Linda condición la de tu familia, donde se espía lo que hablan los huéspedes.

-De modo que concuerda la conversación, ¿no? Pues mucho cuidado con lo que te digo: primero, que estás en mi poder; aquí tengo las pruebas contra ti y te pagaré en la misma moneda. Como llegues a soltar una palabra siquiera de lo que sabes de Fritzl, haré yo uso de esta hoja. Segundo: como tú o Rutmeier, o cualquier otro se atreva a meterse con Helma en lo más mínimo, sea como sea, tenlo por entendido, entonces me iré a tu padre y le mostraré esta copia, y conmigo irán los dos testigos. Tercero: de lo que has tramado contra mí, no diré nada a nadie. Gracias a Dios, ya sé lo que tengo que pensar de ti, perro falso.

-¿Cómo?-exclamó Berner repentinamente. Su cara se puso pálida de rabia y de cólera; pero en esto se irguió Heini de repente. Me daba miedo. Toda su figura despedía como chispas de terrible excitación. Su mirada lanzaba como rayos de fuego. Jamás le había visto yo de aquella manera. A su vista me eché a temblar. Berner retrocedió amedrentado.

-Calla esa boca-tronó la voz de Heini-. Ahora soy yo el que hablo contigo. ¿Sabes tú siquiera lo que significa el que yo mismo tenga que defenderla contra ti a tu propia hermana?

Con la cabeza gacha escuchaba Berner impaciente, y con una mueca de sarcasmo, dijo:

-¡Va! ¡Defender! Me río yo...

Al momento retumbó en la habitación un golpe sordo. El puño de Heini encontró la cara de Berner, y le hizo dar media vuelta. La cabeza chocó fuertemente contra la mesa del profesor. Berner quiso sostener el equilibrio, vaciló a un lado y a otro, y por fin cayó redondo al suelo. Heini se le quedó con la vista clavada. De pronto, como quien despierta de un sueño, se volvió dirigiéndose a mí:

--Vámonos, Fritzl.

Y diciendo y haciendo, se fue hacia la puerta sin volver ni una vez la cabeza.

Berner seguía en el suelo, medio incorporado, con el traje ledo lleno de polvo, limpiándose la sangre de la cara y de la cabeza. Estaba llorando.

¡Canallas!- gritó amenazador -, ¡Canallas!

Yo cerré la puerta. A Heini le temblaron los labios. La terrible excitación sacudía aún todo su cuerpo. Bajó conmigo la escalera sin decirme una palabra. Al llegar a la puerta de salida, se paró de repente, y, cogiéndome por el brazo, me dijo:

-Fritzl, ¡si supieras lo que siento ahora en mi corazón! He estado al borde de un abismo. Dios me perdone.

Y arrimándose a la pared, apoyó en ella la cabeza y rompió en sollozos. No duró mucho. Yo le consolé y le calmé. Y un poco después salimos a la calle.

En el camino hacia mi casa, no hablamos nada de lo ocurrido; pero yo vi claramente que Heini no se había dado cuenta hasta entonces del peligro que había corrido. Así que estuvimos en mi cuarto, me agarró la mano, diciéndome:

-Fritzl, no olvidaré nunca este día.

Yo estreché cariñoso la suya, y viéndome ya fuera de peligro, le dije:

-Gracias a Dios, Heini.

-Gracias a Dios-dijo él. Y una luz esplendorosa nimbó en aquel momento su frente.

Los tres días siguientes faltó Berner a clase. Cuando volvió al cuarto día, traía el tupé echado cuidadosamente hacia un lado de la cabeza, y un pedazo de tafetán apenas perceptible se dejaba ver entre los cabellos.

Heini y yo no nos volvimos a preocupar más de él. A mí me quedaba todavía un secreto temor de que me pudiera pasar algo; pero pasaron semanas y semanas, y no se volvió a tocar más el asunto. Y entonces, ya del todo tranquilo, di de nuevo gracias a Dios por haberme librado del abismo, a cuyo borde había estado también Heini. Este no volvió a tratar con Helma si no públicamente. Muchas veces le acompañaba de la escuela a casa, y esto bastaba para tener avisado a Berner. La muchacha seguía, por supuesto, enamorada de Heini. Hacía a éste frecuentes reproches, mostrándole su enfado por habérsele vuelto tan frío de buenas a primeras. Entonces sonreía Heini sincera y alegremente y protestaba que siempre sería para ella un buen amigo, y que esto bastaba, Con ello se daba ella por satisfecha.

Mi hermano Otto se había vuelto más serio y maduro con lo ocurrido aquellos días. Lo que él oyó aquel día debajo de la cama no lo refirió jamás a nadie; sino que lo ocultaba como un profundo secreto en su corazón y callaba, Ni siquiera a mí me dio jamás la menor señal de saberlo.

Así pasaron las semanas de junio, como un día de sol después de malas noches de tormenta, Ya no hubo entre Heini y yo valla alguna infranqueable. Nos llevábamos como dos hermanos y éramos al mismo tiempo los mejores amigos. Los sucesos de las semanas pasadas habían disipado de mi alma los prejuicios de antes. Ahora veía yo claramente que por mis propias fuerzas no podía ser puro y noble, Ni el mismo Heini lo podía de por sí. Someterse libre y con corazón alegre a la santa lcy de Dios, y dominar con su gracia las propias pasiones, lo reconocía yo como la única manera posible de conseguir mi ideal. Y de nuevo comencé a rezar.

Pero antes de dar el último paso, retrocedía siempre amedrentado: ¡tener que saldar las cuentas de la vida pasada con una buena confesión!.., Acallaba mi conciencia con el pretexto del mucho trabajo que ahora teníamos, y a fin de curso difería siempre el propósito para más tarde.

**Capítulo VII: Triunfo y sacrificio**

Poco a poco llegó el año a su fin, semejante a una máquina vieja, que con grandes esfuerzos arrastra sus últimos movimientos, Pasaron los exámenes con felicidad. Siguió una semana de activa ociosidad en los soleados locales de las clases, distracciones, impaciencias, sueños dorados, hasta que un día de repente se esfumó todo aquel polvoriento fárrago y trajín escolar, para sumergirse silencioso en el bullicio de las deliciosas vacaciones.

A la mañana siguiente estábamos Heini, Otto y yo en un departamento del exprés de Voralberg, que a través de campos veraniegos nos llevaba en precipitada marcha a las lejanas montañas. Mi tío Enrique nos había convidado a Otto y a mí a pasar las vacaciones en Fulpmes.

En la estación de Innsbruck nos estaba esperando mi tío, como la otra vez por Navidad. Como entonces, fuimos a pie desde Isel hasta Stubaital; pero esta vez no por nevadas pendientes, envueltas en yerta noche glacial, A la luz del crepúsculo saludaban ondulantes sembrados, verdosos y rojizos bosques de alerces. De allá arrancaban las montañas, algunas bañadas aún en sol, otras envueltas ya en sombras arreboladas.



La corona formada por sus punteadas crestas despedía un fulgor típico de los Alpes, Aquella misma tarde estábamos Heini y yo sentados en el merendero del bosquecillo de pinos que había cerca de casa. No sentíamos el cansancio del largo viaje, La alegre vuelta a los seres queridos y a las montañas nos hizo olvidar todo el cansancio de cuerpo y alma,

Sobre Froneben se cernía la luna en un cielo verdoso. Su resplandor bañaba todo el valle con pálidos destellos y sombras crepusculares, A través de las negras ramas de los pinos, se filtraba una lluvia de plata en lúcidas gotas hasta nosotros, Nos entrábamos allí silenciosos, embebidos en el encanto de aquella noche tan apacible, Sólo el débil murmullo de un arroyuelo resonaba a través de los extensos prados allá a lo lejos. En esta hora me confió Heini con tímido júbilo un gran secre-to, Aquellos ojos, que habían contemplado durante un gran rato el firmamento, se volvieron de pronto hacia mí, y vi cómo aquellos dos brillantes luceros despedían de sí un fuego poderoso y triunfador.

-Fritzl-me dijo algo tembloroso-. He tenido que luchar y que reflexionar mucho estas semanas pasadas. Ahora lo veo claro: voy a ser sacerdote.

-¿Tú?-le pregunté yo sorprendido, Me figuraba como si estuviera ante un santuario, invadido por la majestad de Dios.

Heini afirmó, y me contó en voz baja lo feliz que se sentía. Deseaba ser un verdadero sacerdote, consagrado al Señor con todas las fuerzas de su alma,

-¿Y Helma?-le pregunté yo.

-Mañana mismo voy a escribirle-repuso Heini-. Tendrá que renunciar a mí.

En cada una de sus palabras se traslucía esa nerviosidad propia de los grandes sacrificios. Yo sabía que aquella vocación la elegía él libre y espontáneamente, Huía del mundo no por cobardía; se había dominado como pocos hombres. Expedito y alborozado, se dirigía al Señor, y le hacía oblación de su vida en la flor de la edad, con un corazón henchido de júbilo por podérselo dar todo.

Yo bajé los ojos abrasados de vergüenza, y sentí otra vez cómo yo era el esclavo, el cobarde aun en la fe.

A la mañana siguiente, aprestada la mochila, hice una excursión a las montañas. Mi alma se encontraba ante la propia y última decisión. Sin plan ninguno, subía los senderos entre bosques y pastos, sin parar mientes en aquel elevado mundo que en su magnificencia me envolvía, Hasta que a eso del mediodía, cuando traspuse el último prado y llegué a las rocas, estando ya sobre lo más alto de un gigantesco pináculo, allá junto a la Cruz de los vientos, sobre mí el cielo azul y las cumbres azotadas por las tormentas, se escurrió de mi alma, como un vestido apolillado, mi soñolienta indolencia. Aquel corto "Sí" no había tenido yo, hasta ahora, el valor de pronunciarlo, Pero ahora quería decidirme a lo que hasta aquí sabía emperezado en hacer, Quería portarme con el mismo arrojo, gallardía y generosidad de Heini. Y de lo íntimo del corazón dije decidido: Sí.

Cansado en todos los miembros, pero feliz en lo más íntimo de mi alma, me volví aquella tarde a casa. Al llegar, me encontré a Heini en el cuarto de los chicos escribiendo una carta,

Hola! ¿Dónde estabas?-me preguntó.

Yo le señalé hacia el Serles, me arrimé a la mesa, y le dije:

- Heini, ¿me permites un momento?

Entonces echó la carta a un lado y se me quedó mirando fijamente,

-¿Pudieras venir conmigo a los Salesianos? Quisiera confesar.

La inesperada sorpresa encendió por un momento sus mejillas, Entonces me cogió por el brazo y me preguntó alborozado:

-Fritzl, ¿me lo dices en serio?

Asentí con la cabeza sin decir palabra, y él respiró como si hubiera caído de su alma un enorme peso. Noté cómo se esforzaba por ocultar su alegría.

-Vamos-dijo levantándose, Nos dirigimos, pues, atravesando el pueblecito al Colegio de los Salesianos. Ya allí, me llevó Heini a su confesor; pero me encontraba un poco angustiado. Si quería confesar sinceramente, tenía que acusarme que desde hacía años venía recibiendo indignamente los Sacramentos.

Heini me presentó al sacerdote, y nos dejó solos, diciendo al salir:

--En la Capilla te espero,

Durante un momento estuve tragando saliva, como quien se está ahogando, Por fin salió todo afuera.

-Padre, tenga la bondad de ayudarme,

El Padre comprendió al instante. Me hizo algunas preguntas. Yo sólo tenía que decir sí o no. Así que ya estuvo enterado de todo, me propuso que me preparara mañana a una buena confesión. Ya sabía la mayor parte de mis cosas; pero había que hacerlo todo a conciencia, Tanto más grande sería después mi dicha. Me preguntó si me parecía bien. Yo asentí gustoso.

Con esto estaba dado el paso principal. Ya no me podía volver atrás, ni se me hubiera ocurrido. Con el corazón rebosando de contento, me volví a casa con Heini.

-No le digas nada a Otto-le supliqué-. Vamos a darle una sorpresa, Pasado mañana, domingo, iré yo también con vosotros a comulgar. Y entonces verá el pequeño...

A Heini le pareció muy bien. Embebido como estaba en sus ideas, me propuso al instante:

-Tengo una buena ocurrencia: Pasado mañana voy a decir a mis padres que quiero ser sacerdote, y tú vas a confesarte. Para los dos será un día muy grande. En este caso, me voy mañana a buscar edelweiss[[2]](#footnote-2) a Stocklen y a Viller. Allí crecen los más grandes y hermosos. Eso nos servirá corno recuerdo de este día. Por la noche, cuando yo vuelva, ya te habrás confesado,

Yo me di cuenta al punto que Heini, con prudente delicadeza, me quería dejar solo aquel día, Y así, asentí. La misma tarde, dispuso todo lo necesario para su excursión: el traje, las botas, la mochila y (todo lo demás, Aquella tarde se fue muy temprano a la cama, De mi confesión no hablamos ni una palabra más.

Al despertarme a la mañana siguiente, ya estaba Heini vestido. En aquel momento se apretaba las hebillas de la mochila. Después se me acercó a mi cama, y me dio la mano: -Hasta la vista, Fritzl. Me voy en el primer "auto" a Neustift. Allí oiré Misa (y añadió en voz baja) ¡por ti!

Yo le estreché agradecido la mano, di media vuelta en la cama y seguí durmiendo.

Otto se quedó admirado de mi comportamiento aquel día: de que me pasara horas y horas sentado en el jardín, y evadiera toda diversión, sumergido completamente en mis pensamientos,

-¿Qué traes tú hoy entre manos?-me preguntó al fin-.

¿Te has vuelto loco? Pues que te mejores-. Dijo, y se fue corriendo a los prados.



Al mediodía me fui a la iglesia, y estuve allí arrodillado un gran rato, y pedí perdón a Dios de todos mis pecados, que ahora reconocía en toda su torpeza. Al recuerdo de mi vida pasada se llenaba mi corazón de profunda vergüenza, y al mismo tiempo de un ardiente deseo de la enmienda. Ser puro y noble con su gracia.

Después abrí mi corazón al sacerdote, corazón de hijo pródigo que años y años anduvo extraviado en amarga obscuridad, hasta que la plácida luz de la casa paterna le sacó de la noche del pecado.

..."Ego te absolvo"... Benigno y compasivo pronunció el sacerdote la palabra eficaz de la gracia. Por fin me vi libre, puro, feliz. ¡Cuánto tiempo había luchado con la gracia y plantándome terco y obstinado contra el mismo Dios! Esta fue para mí la hora de redención. Inclinado en el reclinatorio, oculté el rostro entre mis manos, y lloré en silencio a torrentes. Mi corazón estaba a punto de estallar de puro gozo y felicidad.

Alegre como jamás en mi vida, me fui paseando hacia casa a través de los prados. Bañada por los resplandores del sol, me sonreía toda la Naturaleza. Las flores movían sus tallos como diciéndome graciosamente: "Lo podías haber con-seguido antes". Las montañas yacían en solemne quietud.

Un sacerdote venía por el camino. A pocos pasos de mí entró en el jardín y se dirigió a casa de mi tío. Yo seguí detrás de él. Junto a la entrada estaban Rudi y Otto, con sendos arcos y flechas en las manos.

-Bien venido, Sr. Párroco -exclamó, alegre, Rudi, alargando al sacerdote la mano.

-¿Está papá en casa? preguntó el Párroco.

-No, señor; está allá, en el aserradero-dijo señalando hacia abajo.

-Corre y llámale, tengo que hablar con él. Mientras viene, estaré aquí rezando el Breviario.

-Pero tenga la bondad de pasar, Sr. Párroco-dijo Rudi, considerándolo un deber, y le abrió la puerta. Después gritó en la cocina: -Mamá, aquí está el Sr. Párroco de Neustift-. Dijo, y salió corriendo con Otto.

Mi tía salió al momento, saludó al Párroco con gran alegría y le instó a que entrara. Ella me presentó a mí, y se fue a buscar un bocadillo. El Sr. Párroco se paseaba inquieto, por la habitación; de pronto se vuelve a mí, y me dice;

-Conque, ¿eres tú primo de Heini?-. Hoy por la mañana me ha estado hablando de ti.

-¿Ha estado, acaso, en su casa?-pregunté yo.

-Eso te quería decir. Siempre hemos sido buenos amigos. Le conozco desde que era muy pequeño. Cuando daba yo hoy la Sagrada Comunión, estaba él también en el comulgatorio. Después desayunó en mi casa, y se marchó hacia Oberberg a coger edelweiss. Vosotros os arregláis muy bien, ¿no es verdad?

-Sí, Sr. Párroco, cada día mejor, y ahora como nunca. El Sr. Párroco se me quedó mirando y después clavó sus ojos en el suelo con aire de perplejidad.

-¿Conque ahora mejor que nunca? ¡Vaya, vaya!-dijo como saliendo de un sueño.

-¡ Qué estará pensando!-me dije yo para mí. En esto entró mi tía con el café y algunas tortas.

-¿Ha estado Heini en su casa, Sr. Párroco?-preguntó ella.

-Por supuesto, Sra. Moll; ha estado comulgando en Neustift, y como todavía no había desayunado, yo le invité a ello.

-Conque comulgando, ¿eh?-preguntó mi tía muy satisfecha-. ¡Qué picarillo! De esto no me había dicho nada. Ahora caigo en la cuenta; por eso no quiso tomar hoy el café.

-Sí, sí...-prosiguió como en tono de broma el Sr, Párroco-. ¡Si los padres supieran todo lo que los hijos hacen a espaldas suyas!

En esto comenzó a comer muy de prisa. Yo observé que estaba muy excitado,

Un poco después entró mi tío. En tono animado y familiar, saludó al Sr. Cura:

-Bien venido, Sr. Párroco. Cuánto gusto de verle de nuevo por aquí.

-Tengo que decirte una cosa muy seria-dijo el sacerdote.

Mi tío le llevó a su despacho. Un gran rato estuvieron allí los dos y después de un cuarto de hora, salió mi tío. Pero ¡qué aspecto traía, Dios mío! La cara con palidez de muerte; las mandíbulas apretadas; los ojos hinchados por la terrible pena. Con voz ronca llamó a mi tía, y se entró de nuevo en el despacho, Una terrible inquietud se apoderó de mí. ¡Santo Dios! ¡ Qué habrá pasado! Se habría Heini... Horrores de muerte penetraron todo mi ser y no pudiéndome contener más corrí al despacho y llamé a la puerta.

Abrieron.

-Tío-pregunté con voz temblorosa-, ¿qué hay de Heini?

El se me quedó mirando fijamente, contrajo los labios convulsivamente, puso su mano sobre mis hombros, y me dijo:

-Heini se ha despeñado-y al punto se apoderó de aquel hombre fornido un sollozo que desgarraba el alma,

-¿Muerto?-exclamé yo.

-Sí-me dijo moviendo la cabeza. El corazón estuvo a punto de parárseme. Sin poder pronunciar una palabra, me volví apesadumbrado a nuestra habitación. Allí me eché en la cama, y comencé a llorar.

Cuánto 'tiempo estuve allí echado, no lo sé. Cuando me levanté, era ya muy tarde. En la maletilla de Heini, estaban aún sus cosas, y sobre la mesa sus objetos de escritorio, sus libros y la carta comenzada.

"Querida Helma: Te va a extrañar que te escriba; pero tengo que comunicarte una cosa importante y quiero hacerlo cuanto antes. Probablemente te va a dar pena, aunque se trata de algo muy bueno y grande para mí".

Hasta aquí había llegado Heini. Con temblorosa mano tomé yo la pluma y añadí a las líneas de Heini:

"Querida Helma: Heini se ha despeñado, muerto. Lo que él quiere decirte, `te lo diré yo más tarde de palabra.

Fritzl."

Después apreté la cabeza entre mis manos, y procuré recapacitar con calma sobre lo ocurrido. Y poco a poco fui comprendiendo que Heini había encontrado la muerte no por precipitación o ligereza. Siempre había sido un alpinista serio y reflexivo, Su muerte había que atribuirla a una casualidad. Pero bajo esta casualidad reconocía yo con santo estremecimiento el poder de la divina providencia, Ahora que Heini se había decidido a darlo todo y hacerse sacerdote, podía sellar sus nobles sentimientos con lo más grande y hermoso, con el sacrificio de su vida pura, juvenil.

Poco antes de las ocho de la noche vino el camión de Neustift y se paró delante de casa. Bajó mi tío. Dos mozos del aserradero esperaban ya en el camino; sacaron del coche un ataúd, cubierto con una lona, y lo trajeron por entre los prados llorando, Al pasar por delante el ataúd, rompieron a llorar fuertemente. Esperamos en el balcón hasta que mi tío y mi tía entraron con los mozos en la habitación, Al poco rato salieron éstos en silencio con el sombrero en la mano. Entonces reinó profundo silencio.

Después de un rato, abrió mi tío la puerta y nos hizo entrar. Con doloroso estremecimiento y miedo reverencial entramos en la habitación. En la mesilla de noche ardían dos velas, En medio del cuarto estaba el ataúd; la lona, medio recogida. Allí yacía el cadáver de Heini, pálido y yerto. Entre sus manos cruzadas tenía un ramito de edelweiss, como hermosas estrellas resplandecientes.

Otto y yo nos replegamos detrás de los hermanitos en el hueco de la ventana, Los padres se arrodillaron cerca del cadáver. Rudi y las niñas delante del mismo,

De repente apoyó Otto la cabeza sobre mí, y comenzó a llorar tan amargamente, que a mí mismo se me saltaron las lágrimas. Le puse mi mano sobre su cabeza, me incliné hacia él y le dije en tono suplicante:

-Sé valiente, Otto,

Pero él seguía llorando más y más.

-Ahora me quedo yo solo-decía en tono quejumbroso en voz baja-, solo en la Congregación.

Yo le cogí la mano y le dije al oído:

-Otto, ahora entro yo en lugar de Heini. Tú y yo trabajaremos juntos.

Me miró todavía llorando, y cuando vio que yo se lo decía con santa seriedad, me apretó fuertemente la mano y movió la cabeza en señal de aprobación.

En la torre de la iglesia sonó el toque de Oración. Mi tío hizo una señal a los chicos, Todos se arrodillaron. Por la ventana abierta se dejaba oír en la silenciosa estancia el gorjeo de los pajarillos en su saludo vespertino.

¡Qué tranquilo yacía allí Heini! La frente pálida; los ojos cerrados: los edelweiss le daban un cierto aire como de cosa sagrada.

Y mientras todos oraban arrodillados alrededor del yerto cadáver, y afuera resonaba por los aires el doble solemne de las campanas, se vio lucir detrás de nosotros un resplandor como de fuego, así como la luz de un gran incendio, Los rayos del crepúsculo entraban por la ventana hasta en medio de la habitación. Un rosado resplandor, suave y delicado en ex-tremo, bañó de repente el pálido y demacrado rostro de Heini, Los edelweiss despedían blancos destellos.

Otto me tiró del brazo y me señaló a Heini con tímida reverencia. Yo moví la cabeza sin pronunciar palabra. Después volví la vista en dirección hacia las montañas.

Las vertientes cubiertas de bosque yacían en lúgubres, obscuras tinieblas; pero arriba, en lo alto de las rocas, reverberaban los Alpes con purpúreos destellos.

1. En aquel entonces el ayuno eucarístico antes de comulgar comenzaba medianoche. Vale decir que lo quebrantaban a propósito. [↑](#footnote-ref-1)
2. Flor muy codiciada por los alpinistas, pues sólo se encuentra en las regiones más altas de las montañas. Al mismo tiempo es un símbolo de pureza y un sencillo motivo decorativo. [↑](#footnote-ref-2)